

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIII - Núms. 783-784
Septiembre-Octubre 1996

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58



«LEVANTARÉ DE NUEVO LA TIENDA
DE DAVID... PARA QUE BUSQUEN
AL SEÑOR TODAS LAS NACIONES»

F.C.V.

**SANTA TERESITA
Y SUS «VOCACIONES»**

María Asunción López Suñé

**LA IGLESIA CATÓLICA Y EL PUEBLO
JUDÍO**

Juan Manuel Igartua, S.I.

«DIOS EDIFICA CUANDO DESTRUYE»

Franz Werfel

**HISTORIA DE JERUSALEM EN EL
ANTIGUO TESTAMENTO**

Gregorio Peña

DE PALESTINA A ISRAEL

De la *Enciclopedia italiana*

**JERUSALEM: DE LA PRIMERA A LA
TERCERA CRUZADA**

Teresa Manresa Lamarca

**EL SIONISMO: RETORNO A ISRAEL
Y REDENCIÓN SECULAR**

Jorge Soley

**ISRAEL, RELOJ DE DIOS EN LA
HISTORIA DE LA SALVACIÓN**

José Javier Echave-Sustaeta

CRISTIANOS EN PALESTINA

Josep M. Mundet i Gifre

**TERCER CONGRESO INTERNACIONAL
SOBRE LA SAGRADA FAMILIA**

«Levantaré de nuevo la Tienda de David... para que busquen al Señor todas las naciones»

Profetizando la destrucción de Jerusalem y el cautiverio de los judíos en Babilonia, anunciaba Jeremías:

Así declara Yahwé: quebraré a este pueblo y a esta ciudad como se quiebra la vasija del alfarero que no puede recomponerse más (Jer. 19,11).

San Jerónimo, doctor máximo en la interpretación de las Sagradas Escrituras, en su comentario sobre el libro del profeta Jeremías, que por su muerte quedó sin concluir, dijo:

Esto se refiere no a la cautividad babilónica sino a la romana. Ciertamente después de los babilonios la ciudad fue instaurada y el pueblo conducido de nuevo a Judea y restituido en su anterior esplendor. Pero después de la cautividad que ocurrió bajo Vespasiano y Tito y se completó bajo Adriano, las ruinas de Jerusalem permanecerán hasta la consumación del siglo.

Aunque los judíos piensan que será restaurada una Jerusalem de oro y piedras preciosas, y que de nuevo se ofrecerán en ella víctimas y sacrificios y se darán matrimonios de los Santos y el Reino en la tierra del Señor Salvador.

Todo lo cual, aunque no lo sigamos, sin embargo no podemos condenarlo, porque muchos varones eclesiásticos y mártires afirmaron estas cosas. Cada uno abunde en su sentir y queden todas las cosas reservadas para el juicio del Señor (ML, 24.801).

Insitiendo en algo reiteradamente dicho en muchos pasajes de sus comentarios, San Jerónimo, al que se le conoce como el gran y definitivo adversario de las esperanzas terrenas y carnales del milenarismo judaico, se abstuvo en este pasaje, una vez más, de condenar algo que le parecía ver afirmado también por multitud de mártires y hombres de Iglesia.

Como han podido advertir muchos estudiosos del tema, no parece probable que los cristianos que esperaban la futura restauración de Israel, y la plenitud del Reino Mesianico teniendo su centro en Jerusalem, en la Tienda de David restaurada en los últimos tiempos —los del juicio de Dios sobre Israel y las naciones, en que el Señor vendrá de nuevo con Gloria para juzgar al mundo— participasen de las esperanzas mundanas y terrenas del milenarismo judaizante.

Pero desde los primeros siglos, y ya en la edad apostólica, se daba la

tentación de deformar la esperanza mesiánica en el horizonte de soberbia religiosa y de ambición de poder terreno que caracterizó la secta «ebionita».

En la perspectiva de la salvación, los judaizantes ebionitas se movían en lo que podríamos considerar extremo fariseísmo, es decir, en la convicción de obtener su justicia ante Dios por sus propias obras, sin abrirse a la misericordia y a la gracia que nos vienen de Dios por Cristo.

En su comprensión histórica de la plenitud del reino mesiánico, reducían éste al imperio universal de Israel sobre las naciones, y tendían a centrar su esperanza en «la añadidura», sin poner el corazón en el Reino de Dios y su Justicia.

Pero también, y en la misma edad apostólica, se dio entre los cristianos procedentes de la gentilidad, convertidos a la fe en Cristo desde el paganismo griego y romano, otra tentación, enfrentada a la de los judíos en una perspectiva humana, pero análoga en el fondo a la soberbia religiosa de aquéllos.

San Pablo, el Apóstol de los gentiles, odiado y perseguido por los dirigentes religiosos de Israel por «su Evangelio», el de la salvación por la fe en Cristo independientemente de la herencia y de la tradición del «Israel de la carne», advirtió con energía acerca de aquella tentación sentida por los gentiles convertidos a Cristo.

En la Epístola a los Romanos advierte que no pueden los gentiles ignorar el misterio de los designios de Dios sobre Israel y sobre las naciones:

Los gentiles, que no andaban tras la justicia, alcanzaron la justicia, pero la justicia que nace de la fe; Israel empero que corría tras una ley de justicia, no dio alcance a esa ley. ¿Por qué? Porque no quería justicia nacida de la fe, sino como si fuera fruto de las obras (Rom 9, 30-32).

Pero no deben los cristianos gentiles enorgullecerse contra los judíos, en los que el designio de Dios había puesto las primicias de la salvación del mundo:

Si algunas de las ramas quebradas se desgajaron, y tú siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas... no te enorgullezcas contra las ramas; que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz a tí. Dirás: fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado. Muy bien: por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes... no seas altanero, antes teme (Rom 11,16-20).

La reprensión contra la soberbia por la que los convertidos de la gentilidad se inclinan a gloriarse por encima de los judíos, va unida en el Evangelio de Pablo a una doble amonestación: no deben los que fueron gentiles y recibieron la gracia de la fe en Cristo apoyarse en sí mismos e ignorar el designio misericordioso; en el plano de la providencia de Dios tampoco deben ignorar que el pueblo judío, los descendientes en lo humano de los mismos patriarcas de los que es descendiente Jesucristo, que

es Dios bendito por los siglos, tiene el carácter de raíz y de olivo auténtico, mientras la gentilidad viene a ser un conjunto de ramas injertadas en el olivo de Israel.

Esta doble amonestación prepara la profecía explícita de la conversión futura del pueblo escogido:

Poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los naturales, serán injertados en el propio olivo?...

Todo Israel será salvo, según que está escrito: vendrá de Sión el Libertador, removerá de Jacob las impiedades. Y esta será mi alianza con ellos cuando hubiere quitado sus pecados (Rom 11,23-27)

El Apóstol de los Gentiles pone a Dios por testigo del dolor de su corazón por sus hermanos según la carne, los judíos, y llega a decir en un texto misterioso: «Desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos» (Rom 9,1-2).

Desde este dolor y sentimiento trágico de amor a los judíos rebeldes a Dios, San Pablo expresa en su carta a los romanos algo que podríamos atrevernos a definir como un impulso subjetivo que le mueve a buscar en la conversión de los gentiles la salvación de los judíos, mientras piensa también que, si consiguiese la salvación de los que son su pueblo, obraría con la máxima eficacia aquéllo para lo que Dios le había llamado, es decir, la salvación de los gentiles:

A vosotros os lo digo, gentiles. En tanto, pues, que yo soy apóstol de los gentiles acredito mi ministerio, por si de algún modo meto celos a los de mi sangre y salvo a algunos de entre ellos. Porque si su repudio es reconciliación del mundo, ¿qué será su acogimiento sino un retornar de muerte a vida? (Rom 11,13-15).

Por su parte, el Apóstol Santiago el menor, primer obispo de Jerusalén, y en quien se centraba la comunidad de los judíos creyentes en Cristo, hablando en el Concilio de Jerusalén, mientras reconocía el designio divino en la vocación de los gentiles a la fe, expresaba su esperanza de la futura restauración de la «Tienda de David», y profetizaba que la vuelta de Israel a su Dios consumaría la plena búsqueda por todas las naciones del Dios de Israel:

Tomó la palabra Santiago diciendo: Varones hermanos, escuchadme: Simón [es decir, Pedro] refirió como Dios se dignó a intervenir por vez primera para escoger entre los gentiles un pueblo para su nombre. Concuerdan con esto los profetas, según está escrito: «Después de estas cosas volveré, y restauraré la Tienda de David que estaba caída, y lo que estaba derruido lo reconstruiré y levantaré nuevamente, para que busquen al Señor los demás hombres y todas las naciones sobre las cuales ha sido invocado mi nombre» (Ac 15,13-17).

Santiago, el de Jerusalén, y Pablo, el Apóstol de las naciones, expresan su esperanza de la difusión universal de la fe de Cristo por el camino de la vuelta de Israel a su Dios y el reconocimiento de Jesucristo como el Mesías que esperaban sus padres.

En esta restauración de Israel el pueblo judío recibirá de Dios la «añadidura» humana e intrahistórica en la que ponían su acento, con deformaciones de amor terreno y mundano, los antiguos milenaristas judíos.

Un insigne comentarista de la Sagrada Escritura, el jesuita Cornelio a Lapide escribió:

Se puede satisfacer a los argumentos de los judíos si dijéramos que las profecías y escrituras que prometen la restitución de Israel, la restauración de Jerusalem y la redención y la salvación de los judíos, han de cumplirse, tal como suenan, en el segundo advenimiento del Mesías, esto es de Cristo, que los judíos piensan que será el primer advenimiento porque niegan que Cristo haya venido...

Las Escrituras que hablan del segundo advenimiento las exponen acerca del primero, por lo que niegan el primer advenimiento y piensan que Cristo no ha venido a la tierra (*Comentario sobre Jeremías*, cap. 31, 34-40).

Para orientarnos ahora en una esperanza fundada en la palabra de Dios, que ilumine nuestra comprensión teológica de la futura consumación del Reino Mesianico en el mundo, del que tantas veces hablan los documentos pontificios modernos, tenemos el Concilio Vaticano II y el Nuevo Catecismo.

En su Decreto sobre las religiones no cristianas el Vaticano II une en la esperanza de la Iglesia, con los Profetas y con el Apóstol, la conversión de Israel con el cumplimiento de lo anunciado por Sofonías:

Entonces devolveré a los pueblos un labio puro, para que invoquen todos ellos el nombre de Yahwé, y que le sirvan hombro con hombro (Sof. 3, 9).

En el *Catecismo de la Iglesia católica*, promulgado el 11 de octubre de 1992, se afirma a la vez: primero, el «acabamiento» del Reino de Cristo, ya presente en su Iglesia, en el advenimiento del Rey a la tierra, que los cristianos suplican en su plegaria (núm. 671); segundo, la vinculación de este advenimiento, en un momento determinado de la historia, con el reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (Rom 11,26; Mt 23,39); y tercero, que sólo en este advenimiento se da la victoria de Dios sobre la impostura religiosa suprema, la del Anticristo, en que culmina el «misterio de iniquidad», que el Concilio define como el falso mesianismo por el que «el hombre se glorifica a sí mismo y se coloca en el lugar de Dios» (núm. 675).

Es de importancia capital para un discernimiento de espíritus que evite que sucumbamos a la seducción del misterio de iniquidad, advertir que en el espíritu del Anticristo culmina la soberbia y la ambición terrena del antiguo milenarismo ebionita.

La gran tentación de nuestro tiempo es la blasfemia de dar el nombre de esperanza cristiana en el Reino al progresismo inmanentista y antiteísta de los falsos mesianismos de nuestro tiempo.

Las enseñanzas del Vaticano II y del nuevo Catecismo confirman la comprensión teológica de la historia de quienes afirmaron que la realidad del único rebaño bajo el único pastor se realizaría después de la victoria manifiesta de Cristo Rey sobre el reino del hombre «enfrentado a Dios y a todo lo que reciba culto». Escribió Cornelio a Lapide, en su comentario a Daniel:

Entonces, derribado el Reino del Anticristo, florecerá en todas partes la Iglesia de Cristo, y se hará tanto de los judíos como de los gentiles «un sólo rebaño y un sólo pastor» (*Comentario sobre Daniel*, cap. 8, núm. 27).

F.C.V.

RAZÓN DE ESTE NÚMERO

Israel es un tema de permanente actualidad y muy frecuentemente el centro alrededor del cual gravita toda la política mundial y el combustible que puede abrasar medio mundo. Pero por estas razones y por otras más trascendentes es también el horizonte al cual miramos y debemos mirar todos los que, en expresión de Pío XI, «somos espiritualmente semitas». Esto exige huir de la anécdota política diaria y de la épica secularizada y contemplar el hecho desde la más radical «specie aeternitatis». Esta perspectiva parte de la elección gratuita de Abraham, pasa por la imagen del injerto y de la raíz de la Epístola a los Romanos y culmina en el cumplimiento de las promesas proféticas.

Para hablar de Israel, para lo cual CRISTIANDAD no cree deber justificarse, hemos escogido hoy dos «excusas» que han pasado prácticamente inadvertidas: la reciente celebración del tercer milenio de la conquista de Jerusalem por David —fecha insegura, pero que el Gobierno de Israel ha oficializado— y el noveno centenario del inicio de la primera Cruzada, que concluiría con la conquista de la Ciudad Santa por los caballeros cristianos; dos acontecimientos «humanos» que queremos contemplar «sub specie aeternitatis».

SANTA TERESITA Y SUS «VOCACIONES»

Al iniciarse el centenario de la muerte de santa Teresita del Niño Jesús, de cuyo mensaje ha de reconocerse fruto la tarea de nuestra Revista, reproducimos el artículo de una de nuestras más antiguas y constantes colaboradoras, María Asunción López Suñé, aparecido el 1 de octubre de 1944 y referente a un tema central en el magisterio espiritual del padre Ramón Orlandis, inspirador de CRISTIANDAD.

Sería un absurdo decir que Santa Teresita es desconocida, pues desde el momento de su muerte se extendió la fama de su santidad y se la veneró en todas partes, tributándosele a porfía homenajes y alabanzas, que lejos de desvanecerse y disminuir, fueron adquiriendo con el tiempo mayor extensión y brillantez.

Cuando a los 28 años de su muerte, como gloriosa excepción a la regla establecida, fue canonizada, este hecho constituyó un triunfo sin igual, que respondía no sólo a los deseos del mundo cristiano, reiteradamente manifestados, sino a la voz de Dios, que con toda su fuerza y magnificencia se dejó oír por medio de la Iglesia, rivalizando todos en la exaltación de su virtud y santidad.

Pío XI, al proclamar sus virtudes heroicas y milagros probados, la llama «la niña querida de su corazón» y le otorga la rosa de oro, ofrenda que S.S. reservaba sólo a las reinas; príncipes de la Iglesia la llaman también «la delicia del género humano», y multitudes de todas las partes del mundo, no menos enamoradas de la maravillosa armonía de su belleza que de sus virtudes, se sienten irresistiblemente atraídas hacia esa santita encantadora, que prometió mandar una lluvia de rosas y pasar su cielo haciendo bien a la tierra.

Mas este halo luminoso de belleza y virtud que la rodea y la hace tan familiar por la suavidad de sus maneras y su sonrisa angelical, al propio tiempo que favorece la expansión espontánea de su culto de un modo extraordinario, hasta el punto de que puede decirse que no hay iglesia ni capilla donde no se la venere, hace que con mucha mejor intención que acierto, se interpreten sus doctrinas de un modo dulzón, y hasta tal vez con una simplicidad morbosa, desviándose del camino por ella señalado y ocultando y reduciendo la profundidad y amplitud de su espíritu, con lo cual queda desfigurada la sublime pequeñez de la infancia espiritual, por una minimización de la santidad que se caracteriza únicamente por lo pequeño.

Por lo tanto, si no puede decirse que es desconocida, sin vacilar puede afirmarse que a pesar de lo extendido que está su culto, no son pocas las personas que tienen de ella un conocimiento menos exacto.

En realidad, no es Santa Teresita la santita de los di-

minutivos empalagosos; su lluvia de rosas, no se limita a unos pétalos perfumados aunque descendidos milagrosamente; ni tampoco el bien que desde el cielo ha de hacer a la tierra se reduce a pequeños favores individuales aunque éstos sean muy apreciables y numerosos; es, por el contrario, LA GRAN SANTA, cuya vocación universal y eterna absorbe en sus múltiples manifestaciones, al par que lo grande y lo heroico, los pequeños actos de la vida ordinaria elevándolos al nivel de lo sobrenatural. No se empequeñece ni al descender a las cosas pequeñas, ni con su caminito de infancia espiritual, sino que estas mismas cosas pequeñas se hacen grandes por el valor que adquieren al influjo de su doctrina celestial, la cual no es más que un eco del Corazón Divino y la manifestación de su misericordia.

Sin embargo, para evitar estas desviaciones morbosas que ocultan la sublimidad mostrando sólo la pequeñez, no es preciso hacer conjeturas. Ella misma se nos muestra tal cual es al explicar sus vocaciones, que implican precisamente el conocimiento íntimo de la modalidad especial de su santidad. En el capítulo XI de su vida nos dice así:

«Ser vuestra esposa, ¡oh Jesús!, ser carmelita, ser por mí unión con Vos madre de las almas, debía bastarme. Pero yo siento en mí otras vocaciones: la de guerrero, la de sacerdote, la de apóstol, la de doctor, la de mártir... Querría llevar a cabo las obras más heroicas, me siento con el valor de un cruzado y querría morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia.

»La vacación del sacerdote, ¡con qué amor, oh Jesús, os tendría en mis manos cuando mi voz os hiciera bajar desde el cielo!, ¡con qué amor os daría a las almas! Pero, ¡ay!, con todo el deseo de ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle rechazando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo realizar estos contrastes?

»Querría iluminar las almas como los profetas y los doctores. Recorrer el mundo, anunciar vuestro nombre y plantar en tierra de infieles vuestra cruz gloriosa, ¡oh mi Bienamado! Pero una sola misión no me basta; querría anunciar el Evangelio en todas las partes del mundo, llegando hasta las islas más remotas. Querría ser misionero, no solamente algunos años, sino haberlo sido desde



la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

»¡Oh!, más que nada querría ser mártir. ¡El martirio! he aquí el sueño de mi juventud; este sueño ha crecido conmigo en la pequeña celda del Carmen. Pero esto es otra locura, pues no deseo una sola clase de suplicio; para satisfacerme las necesito todas...

»Querría morir desallada como San Bartolomé; como San Juan ser sumergida en aceite hirviendo; deseo, como San Ignacio de Antioquia, ser triturada por los dientes de las fieras para convertirme en pan digno de Dios; con Santa Inés y Santa Cecilia querría ofrecer mi cuello a la espada del verdugo, y con Juana de Arco, ardiendo en una hoguera murmurar el nombre de Jesús.

»Si dirijo el pensamiento a los tormentos inauditos que padecerán los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece, y querría que fueran reservados para mi todas estos tormentos. ¡Abrid, Jesús mío, vuestro Libro de la Vida donde se consignan las

acciones de todos los santos; todas querría haberlas cumplido por Vos!»

La lectura de estos párrafos evidencia la aberración que se comete al considerar en ella sólo lo diminutivo y lo pequeño, porque demuestran como, remontándose con el vuelo majestuosa del águila, otea el infinito y descubre el magnífico panorama de todas las heroicidades y abnegaciones precisas para hacer triunfar la causa de Dios y se lanza valientemente a la liza indicando el camino a las multitudes innumerables que han de seguirla.

Tanto como la excelencia y sublimidad de estas vocaciones la caracteriza la certeza de que todas se cumplirán. Es de todo punto necesario que esta certeza estuviera sostenida por la fuerza sobrenatural de Dios, pues era tal que no la hizo vacilar ni el presentimiento de su temprana muerte, ni el ver que siendo carmelita desde los quince años y cumpliendo con todo rigor y exactitud las reglas y encerramientos prescritos por nuestra Santa Teresa, se anulaba para la acción exterior que al parecer requería aquel cumplimiento.

Tampoco logró hacerla dudar el leer en las epístolas de San Pablo que el cuerpo de la Iglesia se compone de diferentes miembros y que el ojo no puede ser la mano. Entonces, en vez de considerar temerarias estas aspiraciones de serlo todo, afirmase más la certeza de que lo será, y el contraste entre la quietud de su vida y los hechos que esto requiere sólo hace que acuda a sus labios la misma discreta pregunta que la Virgen de Nazaret dirigió al ángel, cuando lo que le anunciaba tampoco podía verificarse por ninguna vía natural. ¿Cómo puede ser esto? Y como no tenía un ángel que con su contestación le resolviera la duda, buscó la respuesta atendiendo la voz de Dios por medio de las Sagradas Escrituras, y en las mismas epístolas de San Pablo encontró la solución. Veamos también cómo nos lo dice ella misma.

«El Apóstol explica cómo los dones más perfectos no son nada sin el amor y que la caridad es el camino más excelente para encontrar a Dios.

»Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o mejor querría reconocirme en todos. La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos los órganos no había de faltarle; comprendí que sólo el amor movía los miembros y que si este amor se apagara, ni los apóstoles anunciarían el evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abraza todos los tiempos y todos los lugares porque es eterno.»

Y «la paz fue su patrimonio, la paz plácida y serena del navegante que divisa el faro que le indica el puerto».

Es decir, tuvo la seguridad de serlo todo y de cómo había de hacer para serlo.

Entonces sintió que el amor la consumía e hizo su solemne ofrenda como víctima del Amor Misericordioso, sumiéndole durante unos días en una especie de arro-bamiento que la abstraía de todo cuanto la rodeaba. A partir de este momento, al influjo de los ímpetus de este amor, su alma fue adquiriendo la plena madurez mientras su cuerpo minado por la enfermedad caminaba con lenta rapidez hacia la muerte.

La voz de Dios le daba la íntima persuasión de que su ofrenda era aceptada y la guiaba «sin ruido de palabras y sin confusión de pareceres»; todos sus pensamientos y acciones convergían hacia el cumplimiento de su misión expresada en sus múltiples vocaciones y una seguridad siempre creciente le hacía decir: «En el cielo, Dios cumplirá todas mis voluntades porque jamás he cumplido mi voluntad en la tierra.»

En cierta ocasión, no reparando en que su espíritu de sacrificio era lo único que físicamente la sostenía en pie, pues la fiebre la abrasaba, una de las hermanas le pidió su ayuda para un pesado trabajo de pintura. La Santa no pudo reprimir un ligero movimiento que denotaba cuánto le dolía esta incompreensión, y a continuación transcribimos una carta en la que ella comenta el hecho con su hermana y superiora, la Madre Inés de Jesús, que había sido testigo del mismo, y que además de demostrarnos que poseía la humildad que conoce los secretos que Dios vela cuidadosamente a los soberbios, este Dios que jamás se deja vencer en generosidad, no sólo le aseguraba que se cumplirían todos sus deseos, sino que cada vez le daba más prendas de esta seguridad.

«Madre bien amada: De pronto vuestra hija ha derramado dulces lágrimas; lágrimas de arrepentimiento y más aún de confianza y de amor. Hoy os he mostrado mi virtud, los tesoros de mi paciencia. ¡Yo que tan bien enseño a las demás! Estoy contenta de que hayáis visto mi imperfección. No me habéis reñido... pero lo merecía; de todos modos vuestra dulzura me ha dicho mucho más que las palabras severas; sois para mí la imagen de la divina misericordia.

»Sí, mi hermana S.... por el contrario, es ordinariamente la imagen de la severidad del buen Dios. Pues bien, acabo de encontrarla. En lugar de pasar fríamente junto a mí, me ha abrazado y me ha dicho: "¡Pobre hermanita, me habéis dado lástima, dejad el trabajo que os he pedido, he hecha mal!"

»Mas yo sentía en mi corazón la contrición perfecta, me he sorprendido al no recibir ningún reproche. Estoy convencida de que en el fondo me encuentra imperfecta; me ha hablado así porque cree que mi muerte está próxima. Mas no importa, no he oído más que las palabras dulces y tiernas que salían de su boca; entonces la he

encontrado muy buena, y yo me encuentro muy mala!

»Al entrar en mi celda me preguntaba qué es la que Jesús pensaba de mí. De pronto he recordado lo que dijo un día a la mujer adúltera: "¿nadie te ha condenados?", y yo con los ojos llenos de lágrimas le he respondido: "Nadie, Señor.... ni mi madrecita, imagen de vuestra ternura, ni mi hermana S... imagen de vuestra justicia; y yo siento que puedo irme en paz, pues Vos tampoco me condenaréis."

»¡Oh! Madre amadísima, os lo aseguro, estoy más contenta de haber sido imperfecta que si, sostenida por la gracia hubiera sido un modelo de paciencia. Esto me ha hecho tanto bien porque he visto como Jesús es siempre tan dulce, tan tierno para mí, por ello hay que morir de reconocimiento y de amor.

»Madrecita, comprenderéis que esta tarde, el vaso de la misericordia divina se ha derramado para vuestra hija. ¡Oh! desde este momento, lo reconozco, sí, todas mis esperanzas serán cumplidas... sí, el Señor hará por mí maravillas que sobrepujarán infinitamente a mis inmensos deseos.»

Por lo tanto, desde este día ya sabe que no solamente se cumplirán todos sus deseos, sino que «Dios hará maravillas por ella que los sobrepujarán».

Y como si un raudal de luz divina proyectándose sobre el futuro señalase vagamente los acontecimientos pero sin definirlos ni perfilarlos, ante sus ojos, próximos a cerrarse para las cosas de este mundo, van concretándose algunos conceptos; ya son los santos del cielo que la animan y le dicen: «Mientras eres prisionera no puedes cumplir tu misión; más tarde, después de tu muerte, este será el tiempo de tus conquistas». Ya ella misma asegura que no tendrá descanso hasta que el ángel diga «no hay tiempo», porque entonces el número de los elegidos estará completo; ya escribe a sus hermanos misioneros que «En el cielo no estará inactiva; trabajará por la Iglesia y por las almas y deseará lo mismo que ha deseado en la tierra: AMAR A DIOS Y HACERLE AMAR», o ya, al preguntarle sus novicias si las mirará desde el cielo, les contesta resuelta sin hacer ninguna reserva: «¡No, bajaré!»

Esta confianza culmina en la hora de la muerte, cuando ya siente próxima la voz del Esposo que le dice «Ven amada mía, paloma mía, ya el arrullo de la tórtola se ha oído, ya ha pasado el invierno... » exclama «no muero, entro en la vida» y «siento que mi misión va a empezar».

No es posible al hombre penetrar los arcanos de la Providencia; los designios de Dios, como sus juicios, son inexcrutables, mas confiemos que en esta vida de Santa Teresita y en esta misión que empezaba al morir, se realizarán las maravillas de sus «vocaciones» de un modo que sobrepujarán a sus inmensos deseos. Pero no podemos hacer otra cosa que creer y preguntarnos ¿cómo podrá ser esto?, ¿cuándo será?

LA IGLESIA CATÓLICA Y EL PUEBLO JUDÍO

CRISTIANDAD tuvo en el padre Juan Manuel Igartua (+1992) un profundo glosador del «misterio de Israel». Por ello, hemos querido enriquecer este número con el artículo que reproducimos, publicado ya en estas páginas (núm. 356, octubre de 1960).

Pretende ser este artículo continuación del publicado en esta misma revista, en el mes de junio, bajo el título: *El pensamiento religioso de Israel expuesto por Ben Gurion*. No se piense, sin embargo, en una rigurosa continuidad, sino en una sucesión de materias que pertenecen al mismo tema.

No queremos tampoco dar una interpretación exhaustiva de nuestro presente título, lo cual nos llevaría demasiado lejos, pero sí fijar los jalones de un camino que puede ser más largamente recorrido. Por esto no se busca en estas líneas una exégesis plenaria de los textos escriturísticos aducidos; no es tal nuestra intención. Solamente los tocamos en lo que resulta necesario para extender el panorama de nuestro tema.

Vamos a proponer ante nuestros ojos algunas fases del desarrollo de la posición de la Iglesia frente a la historia y la esperanza del pueblo judío. No es una historia total. Marca, como dijimos, algunas piedras miliarias de tal camino.

Que el tema sea de actualidad nos lo demuestran varios recientes libros de gran éxito como *El último de los justos*, *El diario de Ana Frank*, o algo más alejado *Mi encuentro con Cristo*, de Eugenio Zolli. Muestran lo mismo recientes hechos de la historia máximamente contemporánea.

Los Profetas y la restauración de Israel

No es posible someter el tema en las páginas del Antiguo Testamento a un exacto análisis, ya que para ello harían falta varios libros, por estar todo el sagrado Texto como impregnado y tratando de la esperanza y ansia de esta futura restauración.

Bástenos citar dos memorables documentos. Sea el primero el profeta Isaías y su célebre expresión de «las reliquias de Israel». Dice así el Profeta:

«Si tu pueblo, oh Israel, es tan numeroso como las arenas del mar, se convertirán sus reliquias» (Is 10,21-22).

Este texto importa de manera excepcional, así como otros semejantes, porque san Pablo se ha valido de él (Rom 9,27) como de guión conductor de su interpretación del Antiguo Testamento en este punto, capital para su propio pensamiento.

El segundo documento es la famosa profecía de Ezequiel sobre los huesos secos (Ez 37). En dicha profecía, visión de un hombre en medio de un campo lleno de huesos desecados, recibe la interpretación de una profecía dinámica: los huesos con estridor se juntan, aparecen sobre ellos nervios y carne y los cubre la piel; el viento sopla de los cuatro puntos cardinales, entra en los cadáveres inmóviles, y se levanta un innumerable ejército de hombres, y dice el Señor:

«Estos huesos son la casa de Israel» (Ez 37,11).

Aunque esta profecía sea un símbolo transparente de la resurrección universal de los muertos, como no puede menos de admitirse, se ve por las citadas palabras del Señor que en primer lugar y directamente es una profecía de la resurrección, principalmente espiritual sin duda, del pueblo de Israel.

Sirvan estos dos documentos como puntales del edificio inspirado de la esperanza de conversión del Pueblo de Israel. Ellos nos sirven a nosotros de breve resumen de largas páginas del Antiguo Testamento. Son como dos suspiros penetrantes de la corriente vital de las sagradas páginas.

Jesús y el dolor de Israel

La vida y las palabras de Jesús están también dominadas hondamente por este dolor y esta esperanza: la tragedia de Israel. Desde la Anunciación fue proclamado por el Ángel el Rey que se había de sentar en el trono de David; los Reyes Magos preguntaban por el que había nacido rey de Israel; en la Transfiguración hablaba también con Moisés y Elías de su propia pasión y del drama de Israel, y viendo Jerusalén en el día del triunfo de los romanos, lloró sobre la ciudad recordando la antigua profecía que hablaba de la visita a su ciudad del rey de Israel.

Tuvo que oír desde el pretorio el grito apóstata de su pueblo: «no tenemos más rey que el César». Y el espantoso clamor del deicidio: «caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Sobre su Cruz resplandecía entre tinieblas un misterioso letrado, que provocaba la inútil rebelión airada de los judíos ante Pilatos: «Jesús Nazareno el Rey de los judíos».

Cuando muerto ya Jesús un soldado armado de lanza hirió con ancha herida su costado tembló en el alma de Juan por divina inspiración el recuerdo de la profecía de la esperanza: mirarán al que atravesaron. El corazón de Jesús vertía su última sangre redentora sobre su propio pueblo, cumpliendo así el misterio profético de la redención de Israel.

La revelación de san Pablo

Un hombre nacido del mismo seno del judaísmo más intransigente, fariseo de fariseos, había sido elegido por Jesús para dar al mundo con toda claridad la revelación de este gran misterio, dejándolo, sin embargo, siempre envuelto en tinieblas de oscuridad. Saulo llevaba encima, camino de Damasco, un tremendo problema psicológico. Su ardiente furor, respiro de amenazas, no podía olvidar el terrible discurso de Esteban contra los judíos, la sangrienta lapidación, ni el brillo de aquellos ojos maravillosos en los que antes de cerrarse para siempre resplandecía el perdón: «Señor, no les imputes este pecado».

Y en el mediodía luminoso se produjo el hecho sorprendente. Jesús, el fanáticamente perseguido, el odiado, el enemigo número uno de Israel, se mostraba de pronto en todo el vigor de su nueva y eterna juventud como un denominador absoluto, amable y fuerte, y se les aparecía repentinamente como la esperanza de Israel. Desde aquel momento Saulo vivió para una sola cosa: la proclamación urgente e instante del misterio de Jesús.

Esta nueva ansia le llevó de sinagoga en sinagoga y de nación en nación proclamando una sola verdad: que Jesús había resucitado y era en verdad el Deseado de los profetas. Esta proclamación le enfrentó en lucha mortal con los antiguos compañeros de su fanatismo. Fue perseguido por ellos, apedreado, hecho prisionero, acusado de muerte, transportado a Roma.

Es precisamente en su Epístola a los Romanos donde ha dejado estallar la magnitud del dolor que como aguda espina lleva dentro. El dolor de su pueblo separado del cumplimiento de la Promesa, su pueblo, el elegido y ahora rechazado. Estallan agudamente las notas de su dolor:

«La verdad digo en Cristo, y no miento: mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo: tengo una gran tristeza, y un continuo dolor en mi corazón. Deseaba ser separado de Cristo por mis hermanos, que son parientes míos según la carne, que son israelitas...» (Rom 9,1-3).

El empuje vehemente de su elocuencia se desborda. Acaba de decir y proclamar su certeza de la caridad de Cristo, de la cual nadie podrá separarle, y de pronto se ha interrumpido: como relámpago ha surcado su mente la memoria de su pueblo querido. Por ellos está dispuesto, por convertirles, a ser separado de aquella sublime caridad de Cristo, de la cual dijo que nadie podría separarle. Y habiendo saltado el relámpago, la lluvia torrencial se desata. Los capítulos 9, 10 y 11 son empleados íntegramente en el desarrollo del hiriente problema de su pueblo.

«De ellos —vibra audaz su elocuencia— son la adopción de hijos, la gloria, el testamento, la ley, el obsequio,

La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia (cf. Rom 11,31), se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (Rom 11,26; Mt 23,39) del que «una parte está endurecida» (Rom 11,25) en la «incredulidad» (Rom 11,20) respecto de Jesús. San Pedro dice a los judíos de Jerusalem después de Pentecostés: «Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de los profetas» (Hch 3,19-21). Y san Pablo le hace eco: «Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (Rom 11,5). La entrada de «la plenitud de los judíos» (Rom 11,12) en la salvación mesiánica, a continuación de «la plenitud de los gentiles» (Rom 11,25; cf. Lc 21,24), hará al Pueblo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (Ef 4,13) en la cual «Dios será todo en nosotros» (1Cor 15,28).

(Catecismo de la Iglesia católica, núm. 674)

las promesas, los padres, el mismo Cristo según la carne» (Rom 9,4). El torrente desborda las riberas. Y en el capítulo 11 surge de pronto la solución revelada del problema que le hace arder:

«No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (para que no os creáis sabios): que la ceguera ha sido sólo parcial en Israel, hasta que entrase en la fe la plenitud de las Naciones, y así todo Israel se salve» (Rom 11,25).

La tradición de la Iglesia y los judíos

Desde el principio, la Iglesia tomó una posición necesaria frente al problema del judaísmo. Para entenderla bien es preciso conjugar dos elementos paradójicamente contrapuestos: de una parte el misterio de la reprobación temporal de Israel, y de otra parte el ansia del Corazón de Cristo por su conversión. El principal enemigo de los planes de Dios sobre su Iglesia fue al principio el judaísmo: san Juan llama a los enemigos de Cristo los judíos; san Pablo les acusa de que siempre llenan la medida de su pecado, impidiendo a los demás la comunicación del don divino. Ya san Esteban lanzó la acusación: «Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo»; y sobre todo Jesús, en su apasionado enfrentarse a los jefes del judaísmo oficial, denunciando su hipocresía y sus pecados, conforme a la verdad, había creado la atmósfera de oposición, no ciertamente por culpa suya, sino de ellos. En estas condiciones, frente a la desatada persecución del judaísmo, la Iglesia no tuvo más remedio que replegarse. Con todo, la misma Iglesia brotó y creció por conquistas hechas en la carne misma de la sinagoga.

Pero había más. Había, como hemos dicho, una doctrina que enseñaba que por misteriosa permisión divina, el pueblo de Israel como tal pueblo no volvería a ser de Dios hasta que llegase una hora especial. Y sin embargo, ¿cómo podría el corazón de la Iglesia permanecer insensible al dolor de Israel?

Tal vez nadie como san Bernardo, escribiendo a su discípulo el papa Eugenio III, ha desvelado la gran paradoja cristiana del judaísmo. «Estás obligado —le dice con pasión—, a procurar la conversión de los paganos, porque este es el oficio que te ha sido confiado. En ello no te valen disculpas. Pero en cuanto a la conversión de los judíos, tienes excusa en no dedicarte a ella de lleno, porque tiene su hora señalada, y hasta que ella llegue no podrías conseguirla».

Dentro de esta mente hay que situar la posición de la Iglesia cuando oraba por los judíos.

Desde la más remota antigüedad la Iglesia hace oración comunitaria por los diversos grupos apartados de ella, para obtener su conversión. Así aparece claramente en este memorable pasaje del llamado «*Indiculus* de

gratia Dei», y también «Sententias de los antiguos Obispos de la Sede Apostólica», al parecer recogidas en el siglo v. En el capítulo 8 leemos:

«Miremos al misterio de las oraciones sacerdotales, que fueron transmitidas por los Apóstoles y que se celebran en todo el mundo y en todas las iglesias católicas, de modo que *la ley de orar establece la ley de creer*. Porque los presidentes de las Santas reuniones cuando desempeñan la legación confiada, tratan la causa del género humano ante la divina clemencia, y con toda la Iglesia que les acompaña en el gemido, ruegan y piden que se dé la fe a los infieles, que los idólatras sean liberados de los errores de su impiedad, *que aparezca la luz de la verdad a los judíos quitado el velo de su corazón*, que los herejes se arrepientan reconociendo la fe católica, que los cismáticos reciban el espíritu de la caridad reavivada, que se dé el remedio de la penitencia a los caídos, que por fin se abra el aula de la celeste misericordia a los catecúmenos llevándolos a los sacramentos de la regeneración.» (*Ench. Symb.*, Denzinger n. 139).

Este texto admirable y tan antiguo, que además expresamente remonta la tradición de esta oración hasta los mismos apóstoles, nos dice con toda claridad cómo la oración que la Iglesia hoy día sigue aún haciendo el Viernes Santo por los distintos sectores es vocación de la Iglesia primitiva, de tradición apostólica, y es además el texto que, como puede verse, establece la conocida e importante fórmula de: «la ley de orar establece la ley de creer».

En la liturgia del Viernes Santo la Iglesia ora por los distintos sectores alejados de ella, que hemos visto expresados en el *Indiculus*: Catecúmenos, herejes, cismáticos, paganos y judíos. La oración por estos últimos se distinguía de las demás, hasta la reciente transformación de la liturgia, en que no se respondía a la oración: *Amén*, ni se decía: *Oremus*, ni: *Flectamus genua*, ni: *Levate*; parecía que, entristecida la Iglesia por el pecado de los judíos, pusiese una luctuosa sordina a su oración.

La oración dice así:

«Oremos también por los pérfidos judíos: para que Dios Nuestro Señor quite el velo de sus corazones; para que también ellos reconozcan a Jesucristo Nuestro Señor.

»Todopoderoso y sempiterno Dios, que no apartas de tu misericordia ni siquiera la perfidia judía: oye nuestras oraciones, que te presentamos por la obcecación de aquel pueblo; para que, reconociendo la luz de tu verdad, que es Cristo, salgan de sus tinieblas».

Así había conjugado la Iglesia desde el principio los dos elementos en apariencia contradictorios: amor del pueblo judío y horror de su pecado. Puede advertirse en la oración citada cómo el problema es solucionado «orando por los pérfidos judíos».

La Iglesia de hoy y el pueblo judío

No intentamos en este párrafo relatar toda la historia contemporánea de la intervención de la Iglesia en favor del pueblo judío; citamos sólo algunos hechos especialmente significativos.

La historia del niño Mortara, cuya defensa hecha por Pío IX llega a ser heroica, merece especial anotación. Este niño, de familia judía, fue bautizado en peligro de muerte por las personas a quienes sus padres lo habían confiado. El hecho sucedía dentro de los Estados Vaticanos, y habiendo cobrado la salud el muchacho, Pío IX se negó a acceder a la exigencia de sus padres que querían arrebatarlo de nuevo para hacerlo apostatar. La defensa que el papa hizo de los derechos del nuevo bautizado llegó a ser asunto internacional. Los enemigos de la Iglesia se movieron, la turbia política fue manejada en las altas esferas y en consecuencia, Napoleón III permitió el despojo italiano de los Estados del papa retirando sus tropas. El niño Mortara se hizo sacerdote y fue canónigo de la Basílica Vaticana. Relatan los hermanos Lemann, sacerdotes católicos convertidos del judaísmo, que el mismo Pío IX les contó la trascendencia de este suceso. (*La cause des restes d'Israel*, p. 48.) En una ocasión dijo Pío IX a Mortara: «¡cuánto me has costado, hijo mío!, pero se trataba de un alma».

La Santísima Virgen había intervenido de modo especial para mostrar su poder en la conversión de los judíos. El 20 de enero, en la iglesia de San Andrea delle Fratre, el judío mundano Alfonso Ratisbona, mientras esperaba curioseando la iglesia, es derribado por la gracia y por una misteriosa aparición de la Virgen Milagrosa. Al levantarse de su éxtasis sorprendente, dice estas palabras: «no estoy loco, bien sabes que no estoy loco, la he visto, la he visto... no me ha hablado, pero lo he comprendido todo». Ordenado de sacerdote, funda con su hermano Teodoro, también convertido, la Congregación de religiosas de Nuestra Señora de Sión, aprobada por la Iglesia en 1847, que tiene por fin expiar el crimen del Calvario e implorar la misericordia para Israel.

Como rama de la misma surge en 1905 la Archicofradía de Oraciones por Israel, erigida por Pío X en 1909 en la Basílica del Ecce Homo, en Jerusalén. En el lugar de la conversión de Ratisbona fue colocada una placa de mármol, que dice así: «Alfonso de Ratisbona vino aquí, judío obstinado. Esta Virgen se le apareció como tú la ves. Cayó judío y se levantó cristiano. Extranjero, lleva a tu casa el precioso recuerdo de la misericordia de Dios y del poder de la Virgen».

León XIII consagró el mundo en 1899. Su fórmula de consagración había de ser modificada por el genial Pío XI de mirada de águila. Comentando en una audiencia en 1938 el texto de la Misa en que se habla de los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec, notaba el

Papa que comprendían tres épocas de la Humanidad: la época adámica, la israelita y anuncio de la cristiana. Y decía: «Texto grandioso. Cada vez que Nos lo leemos, Nos sentimos sobrecogidos por una emoción irresistible. Abraham es llamado *nuestro* Patriarca, nuestro antepasado... no es posible a los cristianos participar en el antisemitismo. El antisemitismo es inadmisibile. Nosotros somos espiritualmente semitas». Y el Papa se echó a llorar.

El fue quien modificó la fórmula de consagración del mundo, para incluir en ella el misterio de Israel, que no podía quedar apartado de la misericordia del Sagrado Corazón. Las palabras que él puso: «Caiga sobre ellos, bautismo de redención y de vida, y la Sangre que un día contra sí imploraron», están revelando su profunda comprensión del misterio total del Corazón de Jesús.

Debe recordarse aquí que este Pontífice fue puesto por Dios como contemporáneo del nazismo, y de su hirviendo y destructor antisemitismo.

No es posible decir todo lo que Pío XII hizo en favor de los judíos con un alto espíritu cristiano de caridad, motivando que el gran rabino de Roma tomase en su conversión el nombre de Eugenio Zolli. Bastará decir, porque toca la matización que va adquiriendo el pensamiento oficial de la Iglesia, que en la nueva reestructuración de la liturgia mandó igualar la oración por los judíos del Viernes Santo en su forma a la oración que se hace por los otros sectores.

Y ha sido finalmente a Juan XXIII a quien los judíos han debido el gesto amistoso y lleno de finura, de atreverse a romper con aquella larga tradición de la oración eclesíastica a que hemos aludido, mandando suprimir la palabra calificativa «*pérfidos*» en su aplicación a los judíos. Ya en tiempo de Pío XII la Sagrada Congregación había declarado que se debía entender esta palabra no como palabra hostil, sino con un significado semejante al de *infieles*. Pero ahí quedaba con todo la palabra, y ha sido Juan XXIII quien, como intérprete de los tiempos, ha borrado la palabra definitivamente.

El mismo Juan XXIII ha mandado rectificar de nuevo la consagración del mundo al Sagrado Corazón, haciendo borrar las palabras puestas por Pío XI relativas a Israel, y volviendo la fórmula a la primitiva redacción de León XIII. Esta disposición debe obviamente ser interpretada como un gesto animoso hacia Israel. No se trata indudablemente de excluirlo de la misericordia del Sagrado Corazón, sino de no querer recordar particularmente su pecado. Por ello se ha pensado que queda incluido Israel en la petición anterior para que los alejados formen de nuevo *un solo rebaño y un solo pastor*.

Esta es la trayectoria contemporánea de la actitud de la Iglesia hacia el pueblo judío, que como se ve es cada vez de mayor acercamiento. ¿No será esto una señal de que en el reloj de la divina Providencia se va acercando también la hora de la misericordia?

«DIOS EDIFICA CUANDO DESTRUYE»

Franz Werfel (1890-1945) era un judío de Praga que escribió en lengua alemana. Famoso en su época, tanto por la calidad de su obra poética y narrativa como por su relación con la más sofisticada intelectualidad judía europea, sorprendió al mundo con una biografía —excelente biografía— de Bernadette Soubirous, la santa de Lourdes —La canción de Bernadette—. Y es que Werfel, desde su judaísmo, llegó a mirar a Jesús de Nazaret como el Mesías y sólo la fidelidad a sus hermanos de raza perseguidos por el nazismo le impidió formalizar su conversión al catolicismo. Entre sus obras destaca Escuchad la voz, una biografía del profeta Jeremías, en clave de novela pero con absoluta fidelidad a la Biblia y al sentido de la misión profética de su protagonista, de la cual tomamos el pasaje que sigue. Nabucodonosor asedia Jerusalem y los falsos profetas, usando las mismas palabras con que Jeremías había amenazado a la ciudad por su infidelidad, auguran la próxima devastación. Pero entonces el auténtico profeta, que conoce los designios de Dios, tiene piedad de su pueblo y anuncia también la restauración.

Mezclado entre el paisanaje que se lamentaba clamoroso y afluí a la ciudad de las poblaciones y lugares circunvecinos por la puerta de Efraím, también penetró Jeremías en ella. Sólo permanecían abiertas tres o cuatro puertas de acceso. Las otras estaban barreteadas; sus torres y baluartes se veían guarnecidos de tropas para la defensa. Pálidos y afligidos, miraban hacia abajo los guardias y centinelas desde las almenas. Ni la más alegre simulación, ni la más enérgica y medular arenga de sus jefes podía engañarlos de que la situación de Jerusalem no era mortalmente grave.

Las patrullas de reconocimiento de los babilonios habían cumplido su deber en forma, impidiendo desde un principio todo preparativo de resistencia en las ciudades de Judá. Ese día las vanguardias de las fuerzas escogidas de Marduk alcanzaron las alturas de Sión y ocuparon sus posiciones, describiendo un vasto semicírculo alrededor de la ciudad. La Casa de Verano y el *mastaba* de Joacim —construcciones erigidas a la felonía— fueron sus primeras víctimas. Los policromados aposentos de lujo deslumbrador, atestados de elegantes y graciosas preciosidades de Egipto y llenos de los fragantes aromas de Arabia, viéronse desnudos y pelados, en el espacio de una hora, como la osamenta de un caballo muerto en el desierto.

En la Sala de Verano del Tribunal y en el propio mausoleo de Joacim piafaban los corceles de los *tartan* y *rhasaquim*, atados a herrumbrosas argollas clavadas en el revestimiento de cedro. Los peones caballerizos, por su parte, levantaban con picos la madera de sándalo del piso para tener con qué prender el fuego alimentado con estiércol seco. Los vecinos de Jerusalem se consolaban sin lágrimas por la ruina y destrucción de tan gran esplendor. Pero su corazón cesaba de latir cuando com-



probaban que el cordón caldeo que los ahogaría iba estrechándose cada vez más. Con gran estruendo, bajaban ya al valle del Cedrón las yuntas de bueyes que tiraban de las máquinas de guerra de Nabucodonosor para sitiar plazas. En medio de una batahola de regaños, de golpes de hacha y martillos, se colocaban y armaban frente al Templo filas enteras de toscas y gigantescas catapultas, de ballestas de torno, halistas de hierro, torres y escaleras de asalto. Rabiosos, los guardias miraban fijamente desde las torres hacia abajo, pero no recibían ninguna orden real de turbar o anular esos preparativos.

La multitud, entre la cual se hallaba encerrado Jeremías, pujaba irresistiblemente hacia arriba, hasta el Tem-

plo. Las callejas y callejuelas de la ciudad alta y baja estaban atestadas a reventar de fugitivos, de gentes recién llegadas y carentes de techo y abrigo, que, apoyadas contra los muros de las casas, dormían acompañados de sus parientes, comían, disputaban y levantaban quejas desesperadas. El pueblo de Jerusalem se había triplicado en pocos días. Los alcaldes de la ciudad se mesaban los cabellos y las barbas: no lograron introducir más granos y animales que los que alcanzarían para un mes. Para el caso de extrema necesidad, habría que apelar a las últimas existencias de las reservas de guerra, almacenadas en depósitos fortificados del castillo de David.

La ola humana que rodaba a través de las galerías, formada por macilentos seres que carecían de techo donde guarecerse, levantaba una alta marejada de encono e irritación. ¿Dónde estaban las promesas de Joacim, ese fanfarrón cuyas palabras caían como latigazos sobre las muchedumbres? *¡Verdaderamente! ¡El flaco y reseco histrión había hecho grande y populoso a Jerusalem entre las naciones! ¡El Señor lo golpeaba como a un tábano molesto y zumbador! Pero, ¡ay! Cuando el golpe del Señor alcanzaba, golpeaba a su pueblo entero. ¡Ya no era posible salvar al pueblo del Señor! Pero los dominadores, los opresores, los expoliadores y explotadores, los chucheros entrampadores se habían salvado a tiempo. Mesullam el tesorero se había fugado a Noph con su vaporosa barba ondeada y las contribuciones del pueblo, con las cuales podría vivir y sostenerse con no menor dignidad y decoro que el más acaudalado consejero íntimo de Faraón. ¿Y qué valía que Elnathán se hubiese retirado al desierto con un puñado de valientes a fin de esperar un momento oportuno? Ese momento no llegaba. ¿Dónde estaba el rey? ¿Por qué no se mostraba a su pueblo? ¿Se soterraban, en estos días del pago, detrás de sus guardias de la Casa de Salomón, que en otro tiempo era demasiado mala para su soberbia?*

Renovadamente se elevaban en la muchedumbre los mismos interrogantes rencorosos. Jeremías vio hombres maduros que desgarraban sus ropas y lloraban como niños por el rey Josías, al que de repente llamaban «único» y «santo». Para su enorme asombro, le llegó también a menudo el nombre de Urías y el suyo propio a los oídos. *«¡Sí; Urías y Jeremías habían anunciado la verdad!», exclamaban muchos ahora. Pero los jactanciosos dominadores habían impedido que el pueblo de Jerusalem, piadosamente dispuesto, prestara oídos a los profetas que predicaban la enmienda y la expiación para evitar calamidades.*

El asombro de Jeremías creció considerablemente cuando, en medio de la muchedumbre, fue empujado por una de las puertas del Templo, viendo ante sí el atrio exterior. *Allí no faltaba ninguno de los predicadores de*

gracias y felicidades sobre los púlpitos; tampoco faltaba su enemigo, el «peludo» de la encrespada y selvática barba. Verdad es que en esa hora su boca profetizaba todo menos la gracia y la felicidad.

El templo se agitaba como un buque de vela durante un huracán. Las veinticuatro jerarquías sacerdotales en pleno se hallaban a bordo para impedir y prevenir el naufragio. Continuamente, día y noche sin interrupción, humeaba el holocausto sobre el altar. Entre las columnas Boaz y Jachin cantaban los niños de Asaph, sin descansar ni una hora, los salmos de penitencia y contrición en nombre de todo el pueblo. Lo que en otro caso sólo podía hacerse el día del Perdón, había osado hacerlo el gran sacerdote ante la aproximación de los babilonios: penetró en el Santuario y pronunció en las profundas tinieblas de la antecreación el verdadero nombre de Dios.

Las guardias de meneadores de correas mantenían severamente clausuradas las entradas al atrio interior de los sacerdotes; no dejaban entrar a nadie cuya dignidad y pureza fuesen en lo más mínimo dudosas. En el atrio exterior se aglomeraba y detenía el tropel. De vez en cuando cedía a una presión, moviéndose como una compacta masa hacia uno u otro lado. Mientras la multitud estaba de tal suerte amurallada haciendo peligrar su vida en los asfixiantes apretujones, desde todos los púlpitos resonaban sobre el atrio exterior las voces aulladoras de los «peludos». Había algo despiadado y cruel en la obstinación de su consuelo. Y despiadada era también su palabra. *Ellos, que en días felices lisonjearan y adularan a la hija de Sion, ensalzando y glorificando su porvenir, ahora que había llegado a producirse lo contrario, no se saciaban de filípicas, sermones y vituperios.* Y esos perseguidores y aborrecedores de Jeremías iban tan lejos que, sin saberlo ni percatarse, robaban las palabras que el Señor le comunicara a él. Las tenían en su boca y las proclamaban como cuchicheos propios. El profeta pensó que esos «peludos» envueltos en sus capas eran peores que impostores ladinos y bribones; eran como carrizos secos movidos por el viento. De todos lados llegaban las inspiraciones propias a sus oídos:

«¿Por qué habló Jahwé sobre nosotros todo este mal tan grande, preguntáis vosotros? Porque vuestros padres me dejaron, dice Jahwé. Y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que vosotros camináis cada uno tras la imaginación de su malvado corazón, no oyéndome a mí. Por tanto, yo os haré echar de esta tierra a tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido y allí serviréis a dioses ajenos de día y de noche; porque no os mostraré clemencia.» En ese estilo sonaban las admoniciones con que golpeaban y castigaban los crueles a la indefensa masa del pueblo. El alma de Jeremías se sublevó. Esas gentes no sabían lo

que él sabía. Mas, qué crueldad había en el hecho de que sus palabras hurgaran justamente ahora en la destrucción; ahora que ésta era visible y perceptible ante las puertas de Jerusalem y que nada podía apartarla sino la oculta y misteriosa decisión del Señor, cuyo presentimiento cuidaba Jeremías como se cuida del viento una tenue y débil llamita.

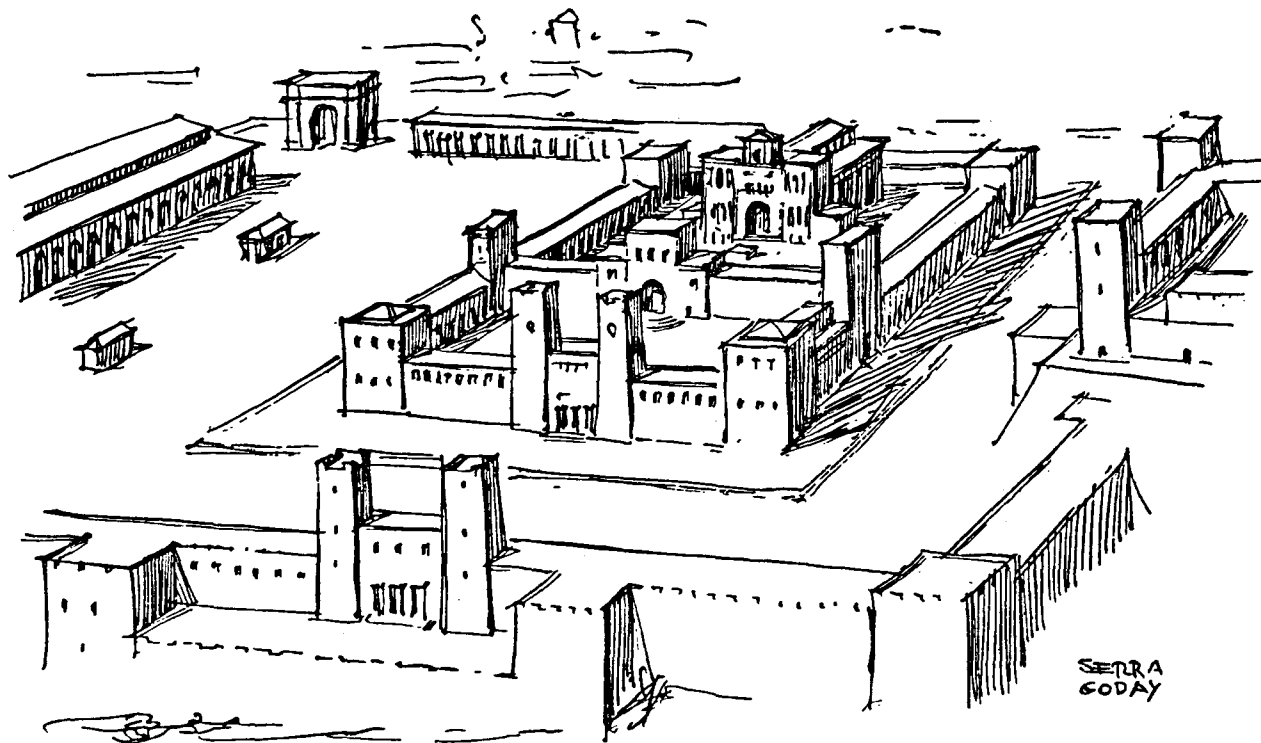
Lo asaltó la compasión hacia los hombres y mujeres mortalmente pálidos que lo rodeaban. Respiraban con dificultad y prorrumpían, de tarde en tarde, en sordos lamentos de angustia. Pero como el martillar, el voceo y la bulla de los «peludos» convertidos iba en aumento, suscitaron en Jeremías compasión e ira. Decidió poner fin a esa opresión. Hinchó su pecho de aire, se hizo un pequeño lugar a fuerza de codos y levantó su voz a la potencia máxima. Las palabras que gritó a los amonestadores y reñidores sobre los púlpitos eran las mismas de Isaías:

«Consolaos, consolaos, pueblo mío...»

Agitadora como siempre era esa voz, aunque su mística y oscura fuerza pronunciara sólo cuatro palabras. Cientos de cabezas se volvieron al punto hacia el dueño de esa voz, que había encontrado la única y verdadera advertencia. De estos cientos, únicamente seis o siete reconocieron al profeta cuya profecía cumplida iba rodean-

do cada vez más a la ciudad. El grito «¡Jeremías!» serpenteaba entre la multitud. Paulatinamente fue haciéndose fuerte hasta adquirir la fuerza de un huracán. Nunca sospechó Jeremías que los sonidos que componían su nombre —*Dios edifica cuando destruye*— brotarían una vez con tan ferviente esperanza y con tan ardiente fe de incontables labios, vehículo de corazones atribulados. El maltratado, el perseguido, el hombre de la mofa y la rechifla, transformábase en el fuerte mástil al que todos los náufragos se aferraban. La breve hora del amor, de la celebridad y de la gloria habían llegado para él, pero sólo le llevaba opresión y congoja. Entre tanto, la multitud le había levantado sobre sus hombros para que opusiera su palabra cierta a los predicadores. Mientras se cernía sobre las cabezas de miles de individuos que, cual niños desfallecientes de sed, levantaban sus miradas esperanzadas hacia él, se le oprimió la garganta y se transformó. Ya no sentía su propia vida; el soplo de Adonai florecía en su interior. *Y Jeremías consoló a su pueblo:*

«De nuevo te edificaré y serás edificada, oh virgen de Israel: de nuevo serás adornada con tus panderos y saldrás a la danza en corro de jubilosos. De nuevo plantarás viñas en los montes de Samaría: plantarán los plantadores, y comenzarán a disfrutarlas. Regocijaos en Jacob con alegría y dad voces de júbilo a la cabeza de las gentes; haced oír, alabad y decid: oh, Jahwé, salva a tu pueblo, el resto de Israel»



Historia de Jerusalem en el Antiguo Testamento¹

Gregorio Peña

La historia de Jerusalem es, hasta cierto punto, imposible de separar de la del pueblo hebreo,² pueblo elegido por Dios como depositario de las promesas divinas hechas a Abraham y su descendencia, pueblo del que había de nacer Cristo, nuestro Salvador, y cuya historia en sus rasgos esenciales, se recoge en los libros inspirados del Antiguo Testamento.

Los Patriarcas

La familia de Abraham, idolátrica, era de Ur de Caldea (Baja Mesopotamia). Hacia el año 2000 a. de C., probablemente durante las revueltas ocurridas a la caída de la III dinastía caldea, abandonan Ur y se trasladan a Harrán, en la parte septentrional de Mesopotamia. Allí, muerto su padre, Terah, recibe la revelación de Dios:

1. Son de interés la consulta de: M. de POUJOLAT, *Historia de Jerusalén*, Madrid, 1855; P. L.-Hugues VINCENT, *Jerusalem de l'Ancien Testament. Recherches d'archéologie et d'histoire*, París, J. Gabalda et Cie, 1956.

2. Utilizamos los términos *hebreos*, *israelitas* y *judíos* para referirnos al mismo pueblo depositario de la promesa divina.

Hebreos es el nombre que llevaba en un principio el pueblo judío, descendiente de Heber, uno de los antepasados de Abraham. Según el Génesis (10,24; 11,14-17), Heber era el hijo menor de Sem y padre de Péleg, citado en la genealogía de Jesucristo (Lc 3,35). El término *hebreo* se emplea en la época que estuvieron en Egipto, y cuando Samuel y Saúl combatían a los filisteos. Con todo, en la Sagrada Escritura, el uso de *hebreo* es más raro que el de *israelita*, y será desplazado por éste; se emplea normalmente por los no israelitas.

Israel es el modo más común de nombrar en la Biblia al pueblo formado por la descendencia de Abraham. Israel es el sobrenombre de Jacob. El origen viene explicado en Gen 32,25-31; cuando regresaba Jacob de la casa de Labán, después de veinte años de estancia al servicio de su suegro, en las cercanías de Paniel, le salió al encuentro un hombre que luchó con él toda la noche hasta rayar el alba; al final, reconociendo el carácter sobrenatural de aquel con quien peleaba, le pidió que le bendijera; éste, antes de hacerlo le dio un nuevo nombre: «Jacob no será más tu nombre sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios y a los hombres les has vencido» (Gen 32,29).

Judíos es un nombre gentilicio derivado de Judá («daré gloria a Jahwé»). A partir del destierro de Babilonia (587-539 a. de C.) se generalizó este vocablo, usado antes para designar a los israelitas del Reino de Judá. Flavio Josefo da una explicación posible del uso de este nombre: «Los judíos se llamaron así desde que al regresar de Babilonia la tribu de Judá fue la primera que volvió a aquellas regiones» (*Antigüedades judaicas* 11,173).

«Vete de tu tierra, y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra» (Gen 12,1 ss).

Junto con su mujer Sara, su sobrino Lot y con toda la hacienda que había logrado, salió para dirigirse a Canaán, la región que Dios le había indicado. Entrado en Canaán, fijó su residencia en las cercanías de Siquem;³ luego bajó hasta Betel,⁴ ciudad al norte de Jerusalem, en el centro del país. Según las costumbres seminómadas, iban cambiando de lugar en esta región.

A causa del hambre en aquel país bajaron hacia el Negueb y luego hasta Egipto, donde Dios protege visiblemente a Abraham y Sara (Gen 12,10-20). Enriquecido en ganado, plata y oro, regresó Abraham de Egipto al Negueb, para dirigirse luego a Betel. Entonces, para evitar luchas entre sus pastores y los de Lot, se separa de su sobrino y le invita a que elija la región que prefiera. Lot se dirigió hacia el rico valle del Jordán, a las ciudades de Sodoma y Gomorra, y Abraham se estableció en la región de Hebrón, en el encinar de Mambré. Es entonces cuando, por orden de Jahwé, Abraham alza los ojos y, desde el lugar donde está mira hacia los cuatro puntos cardinales. «Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia por siempre. Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia. Levantate, recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo he de dar» (Gen 13,10 ss). Con todo ello se da a entender que, de alguna manera, Abraham toma posesión de Canaán.⁵

Después de separarse de su sobrino Lot, tropas procedentes de Mesopotamia atacan y capturan a Lot y a su familia. Abraham mueve su gente desde el sur y rescata a su sobrino. Con este motivo entra Abraham en contac-

3. Siquem es la ciudad que encuentra en el camino el que viene de Harrán por Tadmós y Damasco.

4. La tradición patriarcal sitúa junto a esta ciudad el sueño de Jacob (Gen 18,19) que hemos referido en la nota 2.

5. En Hebrón, Abraham compró a los hijos de Jet, dueños del lugar, la caverna de Macpelá para enterrar en ella a su esposa Sara (Gen 23). Por esta compra Abraham adquiere el título de propiedad y el derecho de ciudadanía en Canaán. Con ello dejan los patriarcas de ser extranjeros en Canaán. (En esa misma cueva serán enterrados Abraham, Isaac, y Jacob.)

to con Melquisedec, rey de Salem⁶ (Jerusalem) y sacerdote del Altísimo, que sale al encuentro del vencedor, presentando a los combatientes pan y vino, que antes ofrece al Dios Altísimo. Este detalle interesa a la historia posterior por el lejano contacto del Patriarca con la que será la capital de Israel.

Las bendiciones hechas por Dios sobre Abraham son reiteradas sobre el hijo de la promesa, Isaac, que se casa con Rebeca y tiene como hijos a Esaú y Jacob. Éste plantará a su hermano recibiendo la bendición paterna. Huye a casa de Labán, hermano de Rebeca, en Harrán, en donde se une con Lía y Raquel; de éstas y sus dos esclavas tiene 11 hijos. Después de veinte años vuelve a la tierra de Canaán, haciendo el mismo camino que hizo Abraham: primero Siquem y después Betel. Es entonces cuando, en combate con Dios en Paniel recibe el nombre de Israel (Gen 32,22-27). Se reconcilia con Esaú. En Efratá (Belén) muere Raquel poco después de dar a luz a Benjamín, el duodécimo hijo de Jacob. Luego Jacob se instala en Hebrón. En este escenario tuvieron lugar las insidias contra José, el cual, vendido por sus hermanos a los ismaelitas, es conducido a Egipto. Cuando, debido a la carestía en Canaán, los hijos de Jacob bajan a Egipto, se reencuentran con José, que les invita a quedarse trayendo a su padre; de este modo los patriarcas pasaron a Egipto. Antes de morir, Jacob vaticina a sus hijos la suerte de sus tribus. Judá es alabado entre sus hermanos y se le asegura la primacía sobre los demás, con palabras de hondo sentido mesiánico (Gen 49,8-12).

Éxodo de Egipto

El período histórico comprendido desde que la familia de Jacob entró en Egipto hasta el éxodo ocurrido varios siglos después nos es todavía desconocido.

El cambio de la situación política en Egipto marca un nuevo hito en la historia del pueblo hebreo. Perseguido el pueblo de Israel, Dios suscita a Moisés, al cual confía la misión de sacar a su pueblo de Egipto. Después de una

6. Aunque en Jerusalem se han encontrado restos cerámicos del siglo xxvii a. de C., no se ha podido descubrir la instalación urbana, si la hubo, de aquella época. Hay restos de la ciudad de principios del Bronce Medio (ca. 1800 a. de C.), cuyo príncipe fue objeto de execración por el faraón (en tiempos de Abraham la tierra de Canaán estaba bajo el yugo caldeo; posteriormente pasó al dominio de Egipto). Poco sabemos de su vida y vicisitudes. Su extensión, de media hectárea, era amurallada. La única fuente de aguas perennes era extramuros.

A esta ciudad hay que referir el pasaje del Génesis 14. Melquisedec, rey de Salem es, sin duda, rey de Jerusalem. Del texto bíblico parece deducirse una cierta preeminencia del rey de Salem sobre todos los demás reyezuelos o jefes de familia, como Abraham.

obstinada oposición del faraón, reducida por los castigos divinos, Moisés emprende el éxodo con todos los hijos de Israel.⁷ Salidos de Egipto, atravesaron el mar Rojo y se dirigieron al monte Sinaí, donde tiene lugar una nueva manifestación divina (la Alianza) en favor de las tribus de Israel (Ex 19,24). El pacto del Sinaí se coloca en la línea de la alianza de Dios con Abraham, perfeccionándola en parte y dándole un nuevo impulso.

En esencia, la Alianza consistió en la libre elección de las tribus de Israel por Jahwé, comprometiéndose éste a introducirlos en la tierra de Canaán, hacerlo su especial heredad entre todos los demás pueblos, protegerlo de sus enemigos y colmarlo de bienes, siempre que la nación diera culto a Jahwé como Dios único y observase sus preceptos. Como el pueblo aceptó esta iniciativa divina (Ex 19,4), Dios le dio los estatutos de la Alianza centrados en el Decálogo (Ex 20,1-17) y el código de la Alianza (Ex 20,22-23).

Salidos del Sinaí, llegaron a Cades Barnea. El pueblo atendió más a las razones humanas que dieron los exploradores enviados por Moisés a Canaán que a la fuerza de Dios que les aseguraba la conquista. Por eso, Dios estableció que ninguno de aquellos que había sacado de Egipto y conducido por el desierto, entraría en la tierra prometida, excepto Josué y Caleb. Desde entonces, 38 años estuvieron vagando los israelitas por el desierto. Al final, partieron de Cades, y tras un largo camino llegaron al Jordán, frente a Jericó.⁸

Ocupación de Canaán⁹

Guiados por Josué, los israelitas pasaron milagrosamente el Jordán. Con una fidelidad inquebrantable a Dios,

7. Algunos piensan que el éxodo debe colocarse hacia 1450 a. de C., bajo la dinastía XVIII egipcia. Otros opinan que el faraón de la opresión fue Ramsés II (1292-1255) y que los israelitas habían salido bajo el reinado de Merneptán (1225-1215).

8. En este viaje batieron a Sehon, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán (Núm 21,21-35). Sus tierras fueron dadas a las tribus de Rubén, Gad y la mitad de Manasés (Núm 32).

Moisés murió en el monte Nebo, a la vista de la Tierra Prometida y sin entrar en ella, ya que en Meribah había flaqueado su fe (Núm 20,1-13).

9. Canaán es el nombre común de Palestina. Fue prometida por Dios a los Patriarcas. Los pueblos que la habitaban, pueblos grandes y poderosos, fueron desposeídos de ella, pasando a ser herencia de Israel, pues la tierra es de Dios.

La posesión de Canaán entraña dos peligros para Israel: el orgullecerse por la posesión de la misma y la victoria, que no le pertenece puesto que es de Dios (Dt. 8, 7-20), y por pensar que Dios se la ha entregado por su justicia y recta conducta (Dt 9,4), y el dejarse seducir por la idolatría, apartándose del Dios de Israel (Dt 11,16; 12,19-13,19).

**Desde Jerusalem será Maestro y Juez para todas las naciones,
y entonces se establecerá la paz en el mundo**

Sucedirá en días futuros

que el monte de la Casa de Jahwé
será asentado en la cima de los montes
y se alzaré por encima de las colinas.
Confluirán a él todas las naciones,
y acudirán pueblos numerosos. Dirán:
«Venid, subamos al monte de Jahwé,
a la Casa del Dios de Jacob,
para que él nos enseñe sus caminos
y nosotros sigamos sus senderos.»

Pues de Sión saldrá la Ley,
y de Jerusalem la palabra de Jahwé.
Juzgará entre las gentes,
será árbitro de pueblos numerosos.
Forjarán de sus espadas azadones,
y de sus lanzas podaderas.
No levantará espada nación contra nación,
ni se ejercitarán más en la guerra.
Casa de Jacob, andando, y vayamos,
caminemos a la luz de Jahwé.

(Isaías 2,1-5)

Josué conquista Jericó, primera ciudad de la Cisjordania, y Hai.

Los reyes del mediodía coaligados son derrotados en Gabaón, y los reyes del septentrión en Merom. Josué hace entonces una división entre las tribus¹⁰ de las tierras de la Cisjordania (Jos 13-21) y da a las tribus el encargo de terminar la conquista. Al final de sus días, deseando renovar con toda solemnidad la Alianza con el Señor, congregó Josué a todas las tribus en Siquem y exhortó a tener una fidelidad inmovible en Dios (Jos 24).

Poco a poco, las tribus terminaron la conquista. Pero, muchas veces, por el contacto con otros pueblos, se apartaban de la ley de Dios. Entonces eran castigados. El pueblo se arrepentía y Dios les libraba suscitando Jueces en medio de ellos.

Todavía no habían hecho toda la conquista de la Tierra Prometida cuando surge otro pueblo con el cual rivalizaron durante muchos años: los filisteos, situados en la costa mediterránea. Contra ellos combatió Sansón, y será el rey David quien los derrote definitivamente.

El reino de Israel

Samuel fue el último de los Jueces. En su tiempo los israelitas pidieron un rey como tenían los demás pue-

blos. Dios tolera esta petición, de la cual se servirá en sus designios salvíficos.

La tierra de Canaán era la heredad de Jahwé y Dios se la cedía en herencia a Israel; los israelitas formaban, por tanto, el pueblo que era la herencia de Jahwé; de donde la tierra de Canaán era sagrada y sus habitantes debían ser santos, un pueblo sacerdotal, porque su rey, Jahwé, era santísimo.

Si Israel quería seguir siendo el pueblo escogido y, al mismo tiempo, soñaba con instituir el régimen monárquico, no podía optar por una monarquía en la cual el rey fuera autócrata, sino por un rey que fuera vasallo de Jahwé, representante suyo en la tierra de su heredad.

Cuando se planteó seriamente en Israel el problema de la institución monárquica, surgieron dos corrientes opuestas; una, favorable (1 Sam 9,1-10; 11,1-11; 13,14) y, otra, contraria a la misma (1 Sam 8,1-22; 10,18-25; 12; 15). Para los de la primera, la iniciativa de la institución monárquica debía partir de Dios, por ser Jahwé el Dios indiscutible de Israel. Los de la segunda, que tenía muchos partidarios en los territorios del norte, más abiertos al influjo extranjero, partían del ejemplo de los pueblos circunvecinos, que disponían de un rey que aunaba a todos los de la nación, les representaba en las relaciones diplomáticas y era su jefe en las campañas bélicas. Pero estos olvidaban que Israel no era como las otras naciones, sino el pueblo de Dios. Samuel, el último de los Jueces y guardián de la fe en Jahwé, percibía que instalar sin más un rey mortal en el trono de Israel equivalía a una apostasía. De otra parte, el pueblo insistía en

10. La tribu de Benjamín recibió la ciudad de Jerusalem que, en manos de los jebuseos, conservó su independencia por largo tiempo.

Bienes mesiánicos en la nueva Jerusalem

Mirad cómo estoy creando
una Jerusalem de alegría
y un su pueblo de deleite.

Y en Jerusalem me alegraré
y me gozaré en mi pueblo,
y jamás en ella se oirá
ni voz de llanto ni voz de congoja.

Y en ella ya no habrá niño de días
ni anciano que sus días no complete,

pues el niño a los cien años morirá
y el pecador a los cien años será anatema.

Casas que edifiquen las habitarán,
de viñas que planten comerán el fruto,
no edificarán para que otro lo habite,
ni plantarán para que otro lo coma.

Cuales los días del árbol
serán los días de mi pueblo,
y las obras de sus propias manos
mis elegidos las gustarán.

(Isaías 65,18-21)

tener un rey «que entrara y saliera delante de ellos». Recibió entonces Samuel la indicación de ungir a Saúl por príncipe de la heredad de Jahwé (1Sam 10,1). Por esta unción se establecía una relación especial entre Dios y el rey, que pasaba a ser el ungido de Jahwé (1Sam 24,7). Esta unción era el signo que transformaba al rey de Israel en rey vasallo de Jahwé.

Saúl, de la tribu de Benjamín, fue, hacia el 1050 a. de C., el primer rey de todo¹¹ Israel. Pero Saúl fue infiel a Jahwé, comportándose como rey autócrata. Por eso Dios lo rechaza. Samuel le dijo: «Hoy te ha desgarrado Jahwé el reino de Israel y se lo ha dado a otro mejor que tú» (1Sam 15,28). El que Dios había escogido en su lugar era David, de la casa de Judá, a quien, en secreto, ungió Samuel (1Sam 16,13). A partir de este momento David recibe el Espíritu de Jahwé, convirtiéndose en persona sagrada.

David

Entrado al servicio de Saúl, su conducta le granjeó la amistad de Jonatán, hijo de Saúl, el afecto de Micol, la

11. Con David y su hijo Salomón el reino de Israel llegó a su máximo esplendor, pero las infidelidades a la Alianza son causa del cisma que sobrevendrá sobre el reino. A la muerte de Salomón las tribus del norte nombran rey a Jeroboam y toman el nombre de Reino de Israel por ser una mayoría desgajada políticamente de la dinastía davídica representada por Roboam, que reinaba en Jerusalem sobre el reino de Judá.

hija mayor del rey con la cual casó, y la simpatía de todos (1 Sam 18,1-5). Pero, el entusiasmo que despertaron entre el pueblo sus hazañas bélicas dieron lugar a que los celos devoraran el corazón de Saúl, que fueron en aumento a medida que David seguía triunfando. Obsesionado Saúl por las palabras de repudio que le había dirigido Samuel y por la creciente popularidad de David, buscó por todos los medios la manera de eliminarlo. David hubo de huir a territorio filisteo y luego se refugió en el desierto de Judá. Perseguido más intensamente por Saúl, volvió a huir a tierras filisteas, donde se puso al servicio del rey Aquis, luchando contra los enemigos de los filisteos que invadían el Negueb; pero David, aún en contra de lo que creía Aquis, no empleó sus armas contra sus hermanos de raza, los israelitas.

Muerto Saúl y su hijo Jonatán en lucha contra los filisteos, David, con 30 años, abandona la tierra de los filisteos hacia tierras de Judá. Se estableció en Hebrón,¹² donde fue acogido con entusiasmo por sus hermanos de tribu, agradecidos por los servicios prestados en los días que andaba errante y fugitivo por el desierto y mediodía de Judá. Se reunieron en Hebrón los hombres de Judá y ungieron a David por rey de la casa de Judá (2Sam 2,4), mientras Abner, general en jefe del ejército de Saúl, entronizaba a Isbaal, hijo de Saúl, en Mahanayin, por rey sobre las restantes tribus (2Sam 2,8-11). Sólo la casa de Judá seguía a Dios (2Sam 2,10).

En un principio, fueron tensas las relaciones entre

12. En Hebrón se habían establecido también Abraham, Isaac y Jacob.

ambos reinos (Israel y Judá), pero se suavizaron a partir de las diferencias que surgieron entre Isbaal y su hermano Abner. Muertos Abner e Isbaal, toda la casa de Israel quedó consternada (2Sam 3,2-4) por no disponer de un jefe del ejército ni de un rey que les representara dignamente.¹³

En este trance, los ancianos de Israel se dirigieron a Hebrón y se entrevistaron con David, quien hizo con ellos alianza ante Jahwé, y le ungieron rey sobre todo Israel. A partir de esta unción real (2 Sam 5,1-5), hacia el año 1000 a. de C., dos coronas reales ceñía la cabeza de David: la de Judá y la de Israel, y la casa de Israel volvía a la unidad.

Los filisteos, que en un tiempo apoyaron a David en contra de Saúl, vieron con malos ojos que aquel ciñera la corona de todo Israel, temiendo que esta unidad nacional redundaría en contra de sus intereses nacionales. De ahí que, antes de que esta unión se estabilizara, lanzaron sus ejércitos sobre la región de Jerusalem, con el propósito de crear una cuña entre el territorio del norte y el de Judá, e impedir con ello que la proyectada unión se hiciera efectiva.

David los venció en el valle de Refaim, situado entre Jerusalem y Belén (2 Sam 5,17-25). Después, dirigió su ejército contra Jerusalem, que estaba en poder de los jebuseos.

Jerusalem

Jerusalem ha sido identificada con Salem, la capital del rey Melquisedec (Gen 14,18) en tiempos de Abraham. Hacia 1400 a. de C. la ocuparon los jebuseos, quienes la llamaron Jebus.

Las características urbanas y militares de Jerusalem en el Bronce Reciente la hacían casi inespugnable (Jos 10,1).

Así que, ya vueltos los israelitas a la Tierra Prometida, Jerusalem conservó por largo tiempo su independencia,¹⁴ aunque en la división de territorios entre las tribus la ciudad fuera asignada a Benjamín. No obstante, los territorios inmediatos del sur y del oeste de la población correspondían ya a la tribu de Judá.

13. El hijo de Jonatán, Mefiba, era inválido a causa de una caída en su niñez.

14. El rey de Jebus preside la coalición contra los israelitas que será derrotada por Josué. Aunque los israelitas conquistaron otras ciudades-estado del sur de Palestina (Jos 10,28-39), no lograron entrar en Jerusalem hasta que David, unificadas las tribus y aislada la ciudad de la ayuda filistea, consigue conquistarla.

Jerusalem está rodeada de colinas (el monte del Escándalo, el monte de los Olivos, etc.), y la misma ciudad está construida sobre dos colinas rocosas: el monte Sión¹⁵ y el monte Moriá.¹⁶ Al este y al sur está limitada por los profundos torrentes del Cedrón y del Hinnón. Toda fuertemente amurallada, estaba dotada, ya en tiempos de los jebuseos, con un túnel de conducción de agua destinado a captar, por medio de un dique, la fuente de Guijón, que aflúa en el Cedrón.

Conquistada la ciudad con su temible fortaleza de Sión, David la llamó «Ciudad de David», y se instaló en ella convirtiéndola en capital del nuevo reino (2 Sam 5,6-16). Su situación geográfica así lo aconsejaba: suficientemente alejada, tanto de las grandes vías que recorrían la costa como de Transjordania, gozaba de una mayor seguridad que las ciudades próximas a las grandes rutas. Por otra parte, Jerusalem era unión obligada entre las dos grandes tribus de Judá y la casa de José, sin pertenecer a ninguna de ellas; lo que evitaba posibles suspicacias entre ambas y afianzaba la posición de David.

Jerusalem estaba destinada a ser no sólo el centro político de todo Israel, sino también y especialmente el centro religioso.

David era un ferviente adorador de Jahwé y sabía que Dios ejercía su providencia sobre el pueblo escogido por medio del Arca de la Alianza.

Jahwé estaba presente en el Arca de manera particular y permanente (Ex 25,18-22), sentado entre los querubines, cuyas alas le servían de trono. Dentro del Arca se conservaban las palabras del Decálogo, de la Ley de Moisés.

David, que había escogido Jerusalem para fijar su trono, quiso que Jahwé tuviera allí también el suyo, simbolizado por el Arca de la Alianza. Y proyectó trasladar a Jerusalem el Arca que desde años se encontraba en casa de Aminadab (1Sam 7,1 ss), casi olvidada y bajo el control de los filisteos. Durante su traslado dio pruebas de su arraigada religiosidad y de su profunda fe en Jahwé.

15. La ciudad de los jebuseos, Jebus, comprendía exclusivamente la colina de Sión, con una tremenda fortaleza. Por eso, para nombrar a Jerusalem suele usarse la parte para el todo, nombrándola como *Sión*.

16. Colina de Jerusalem sobre la que Salomón construirá el Templo. No formaba parte de la fortaleza conquistada a los jebuseos. David, en una visión, contempló cómo el Señor detenía el brazo del ángel exterminador que se cernía sobre el monte Moriá. Desde entonces dicho monte estuvo destinado a servir de emplazamiento al templo del Altísimo. Por eso David compró esa superficie, situada al norte de la Ciudad David, a Ornán, jebuseo.

Sobre el monte Moriá Abraham debía inmolar a su hijo Isaac (Gen 22,2).

David planeó también la construcción del Templo sobre el monte Moriá, pero el proyecto fue llevado a cabo por su hijo Salomón. Se inició en el cuarto año del reinado de Salomón, bajo la dirección de artífices enviados por Hiram, rey de Tiro, quien proporcionó el cedro y el ciprés necesarios, que 70.000 hombres transportaron de Jaffa a Jerusalem, mientras otros 80.000 sacaban y labraban la piedra.

En siete años quedó terminado el edificio, levantado sobre una plataforma artificial, y se trasladó a él el Arca de la Alianza. Además, Salomón construyó un palacio para sí y lo unió, lo mismo que el Templo, con el resto de la ciudad mediante una muralla que los cerraba.

A la muerte de Salomón, la casa de Israel se fractura en dos reinos: el reino de Israel, al norte, y el reino de Judá, al sur. En el de Israel se suceden dinastías heterogéneas que son causa de una degeneración religiosa y política, que lleva a la caída definitiva en el 721 a. de C. a manos del ejército asirio capitaneado por Sargón. El reino de Judá conservó la dinastía davídica, hasta caer el 587 a. de C. en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que destruyó Jerusalem y su Templo y se llevó cautivos a sus habitantes.

La conquista de Babilonia (539 a. de C.) por las tropas del rey persa Ciro el Grande señalará una nueva etapa en la historia de Israel, y por lo mismo, de Jerusalem. Dios se sirvió durante este período de los profetas para hablar y recordar al pueblo su compromiso a la Alianza, y anunciar la esperanza en el Mesías que había de venir.

Después de la cautividad de Babilonia

Durante la dominación persa, el pueblo judío disfrutó de una paz relativamente estable. Ciro les permite la repatriación y empezar la construcción del nuevo templo y la reconstrucción de los muros de Jerusalem.

Esta situación favorable se mantuvo cuando Alejandro Magno absorbió el Imperio persa (ca. 334-331). Pero después de su muerte comenzó una época aciaga para los judíos. Judea es disputada por los reyes egipcios y sirios. La incansable lucha de los Macabeos, iniciada en el 167 a. de C., llevó a la independencia de Israel. En Simón Macabeo se unió la dignidad de sumo sacerdote y la de príncipe de los judíos.

Pompeyo hacia el año 63 a. de C. tomó por asalto Jerusalem y el Templo. A partir de entonces pasará Israel a depender de Roma.

El año 38 a. de C. Herodes I el Grande, de raza idumea, se ganó el apoyo de Roma, y es nombrado rey de los judíos, siendo así el primer rey de origen no judío que dominó sobre Israel. En su reinado nace Jesucristo.

Se suceden años de relaciones más o menos tirantes entre los gobernantes de Palestina y los emperadores romanos, hasta que en el año 70 d. de C. tuvo lugar el cumplimiento de las profecías de Jesucristo sobre la ciudad de Jerusalem (Mt 24; Mc 13; Lc 21). El ejército de Tito destruyó Jerusalem, después de un duro asalto, y el Templo fue arrasado. El año 70 señaló el fin de un período de la historia del pueblo judío, y con él, el cumplimiento de una parte de la Historia de la Salvación.

Gloria, felicidad y santidad de Jerusalem convertida

Alzate y brilla que llega tu luz,
y la gloria de Jahwé ya clarea sobre ti;
mira qué obscuridad cubre la tierra,
y qué negros nublados las naciones.

Mas sobre ti ya alborea Jahwé
y su gloria se divisa sobre ti:
ya los pueblos a tu luz caminarán,
y los reyes al fulgor de tu mañana.

Alza en torno tus ojos y mira:
todos esos en bandadas a ti vienen,

son tus hijos que de lejos van llegando
son tus hijas las que a cuestras son traídas.

Y al mirar en aquel día fulgirás,
latirá y se ensanchará tu corazón,
cuando hacia ti se enderece el tráfico de la mar
y a ti arribe la riqueza de los pueblos.

Cubriráte una avenida de camellos,
dromedarios de Madián y de Hefá;
esos otros de Sabá te van llegando,
aportando su oro y su incienso,
y pregonando las glorias de Jahwé.

(Isaías, 60,1-6)

DE PALESTINA A ISRAEL

(Traducido de la *Enciclopedia Italiana*, v. Palestina)

Cuando el Imperio [romano] fue dividido entre el Oriente y el Occidente (395) Palestina pasó a depender de Oriente (Constantinopla) y disfrutó de un largo período de paz. No sólo se intensificaron las peregrinaciones sino que se difundió allí triunfalmente el monaquismo, primero con elementos orientales y griegos y más adelante incluso occidentales. El emperador Justiniano realizó mejoras de restauración y embellecimiento en las basílicas cristianas.

Pero en 614 la tempestad de los persas, guiados por Cosroes II, en lucha contra el Imperio bizantino, se abatió sobre Palestina. Los invasores fueron acogidos favorablemente por los judíos locales, por espíritu de aversión hacia el triunfante cristianismo, y devastaron el país; las basílicas cristianas fueron destruidas o gravemente dañadas (salvo la de Belén, respetada por los persas porque vieron en ella las efigies de los Magos adorando al niño Jesús y los reconocieron como procedentes de su país); los monasterios son saqueados y los cristianos sufren grandes estragos.

Con su campaña de 628-629 contra los persas, el emperador Heraclio liberó al Imperio de Oriente de estos invasores y reconquistó Palestina.

El dominio romano-bizantino no se mantuvo mucho tiempo en Palestina tras la reconquista de Heraclio. Apenas habían transcurrido tres años desde que el victorioso emperador había devuelto a Jerusalem el Santo Madero de la Cruz, que los persas habían arrebatado en 614, cuando en los confines meridionales de Palestina aparecieron las primeras hordas de musulmanes. Entre finales de 632 y 633 nuevas tropas, siempre más numerosas y bien organizadas y disciplinadas aparecieron en la frontera.

A principios de 634 todas estas tropas, cerca de treinta mil hombres al mando de Amrú ibn Aasz, avanzaron hacia Hauran. En Rabbath Moab, al este del mar Muerto, dispersaron al ejército bizantino. Poco después, habiendo venido Kalid ibn al-Walid —el más famoso guerrero árabe— con nuevos refuerzos, los árabes se dividieron: una parte, al mando de Kalid, se dirigieron hacia el norte y ocuparon sucesivamente las ciudades situadas a oriente del Líbano y, después de haber derrotado en una nueva batalla campal a orillas del Yarmuk a las milicias imperiales, Damasco y Siria; la otra parte, guiada por Amrú, procedió a la conquista de Palestina. La población, tanto la cristiana como la hebrea, irritada con-

tra el gobierno bizantino, sea por la política de persecución contra sus disidentes mantenida durante años, sea por los impuestos que últimamente había establecido para sostener los gastos de la guerra, favoreció el avance de los invasores, de quienes se esperaba una mayor tolerancia religiosa y una reducción de los impuestos. A pesar de esto, la conquista de Palestina no fue fácil y exigió muchos esfuerzos: las grandes ciudades como Cesarea, Ascalón o Jerusalem resistieron largo tiempo. El asedio de Jerusalem se prolongó durante dos años (636-637) y terminó con las rendición voluntaria pactada por el patriarca Sofronio y confirmada por el califa Omar.

En el pacto se aseguran a los ciudadanos la vida, las propiedades, el respeto de las iglesias, la libertad de cultos; se establecía que cristianos y judíos habitarían en barrios distintos y que los extranjeros pagarían un impuesto especial; pero quienes quisieran podían marchar y llevarse sus bienes.

En abril de 637 Omar hizo su entrada en Jerusalem. Durante su estancia se dedicó a poner en orden el país conquistado y a regular la situación de los nuevos súbditos. Sus disposiciones tienen una gran importancia porque de ellas emana el derecho público musulmán, la legislación sobre la propiedad de la tierra y el régimen fiscal.

[...]

El dominio árabe sobre Palestina se mantuvo durante más de tres siglos, primero bajo los califas electivos de Medina y más tarde de los Omeyas y Abásidas de Bagdad. Palestina, situada entre Siria, Arabia y Egipto, sufrió a menudo las consecuencias de las luchas internas que agitaron en aquellos siglos el mundo musulmán y de las guerras árabe-bizantinas, pero hacia la mitad del siglo X gozó de un período de paz y prosperidad.

La política de tolerancia hacia los cristianos adoptada por el califa Omar fue mantenida por los Omeyas y por los Abásidas; Jerusalem permanecía abierta a los peregrinos que acudían de todas las partes de Europa para venerar los lugares santos y se permitió que los príncipes cristianos de Bizancio y de Occidente restaurasen los antiguos santuarios y fundasen nuevas iglesias y hospitales para los peregrinos. Pero Jerusalem eran también una ciudad santa para los musulmanes y en un momento dado, durante la guerra civil, el califa Abd al-Malik (685-705) pensó incluso en desviar las peregrinaciones hacia Jerusalem, en vez de ir a La Meca. Los Omeyas embelle-

cieron la ciudad con espléndidos monumentos y se convirtió en uno de los lugares más importantes del Islam. En esta época fueron muchos los árabes que vinieron a establecerse en Palestina, especialmente durante la revuelta de los karmates que en el 929 saquearon La Meca. Debido a esto y a las no escasas conversiones de cristianos y judíos al islam, en el siglo x se convirtió en un país básicamente árabe-musulmán.

Hacia la mitad del siglo x, surgida en el norte de África y en Egipto la potencia de los Fatimíes, comenzó para Palestina una época de guerras y persecuciones que durarían casi tres siglos. En el 969 los Fatimíes conquistaron Palestina. Seis años más tarde, el emperador bizantino Juan Zimisces envió una expedición para recuperarla. Salido de Antioquía, se lanzó primero sobre Damasco, y a continuación sobre Cesarea y Nazareth, que se sometieron. Pensaba dirigirse a Jerusalem, pero la resistencia de las ciudades costeras le disuadió de la empresa y después de haber devastado algunos pueblos regresó Siria. Palestina siguió bajo el poder de los Fatimíes. Al principio, se mostraban tolerantes con los cristianos, pero después, bajo el califato de al-Hakim, se desencadenó una verdadera persecución. En 1009, por orden del califa, fue destruida la iglesia del Santo Sepulcro y del Gólgota en Jerusalem; los tesoros y las reliquias fueron saqueados y los monjes y peregrinos, asesinados o expulsados. La misma suerte corrieron los judíos, de forma que muchos abrazaron el islamismo.

Después de la muerte de al-Hakim volvió la política de tolerancia: los emperadores bizantinos, mediante un acuerdo firmado en 1036, obtuvieron permiso para reconstruir la iglesia del Santo Sepulcro y la de la Resurrección; el barrio cristiano de Jerusalem fue rodeado por una muralla defensiva y los peregrinos afluyeron de nuevo. Pero, por poco tiempo: en 1056 el Santo Sepulcro fue cerrado y más de trescientos cristianos debieron exiliarse. Poco tiempo después aparecieron en Palestina los turcos seljúcidas. Éstos habían impuesto su poder político a los califas de Bagdad y habían fundado en el Asia Anterior algunos sultanatos. En 1071 un general del sultán Alp Arslan penetró en Palestina y se apoderó de Jerusalem. Rechazado por una contraofensiva de los egipcios, regresó con más fuerzas en 1076 y se apoderó definitivamente del país. Entonces la situación de los cristianos se agravó. Los seljúcidas, recientemente convertidos al islamismo, se mostraron sumamente intolerantes. Los cristianos fueron perseguidos, sus iglesias profanadas, los peregrinos sometidos a toda clase de vejaciones.

La noticia de estas violencias, el peligro que representaba para toda la Cristiandad la expansión turca en el Asia Anterior conmovieron profundamente la Europa occidental y provocaron aquel estado de exaltación religiosa que llevó a las cruzadas y a la conquista de Jerusalem

y de toda la Palestina. Pero el dominio cristiano sobre Tierra Santa no pudo establecerse sobre bases sólidas; y cuando, en la segunda mitad del siglo xii, Saladino, proclamándose sultán independiente de Egipto (1174), hubo ocupado Siria y Mesopotamia, comenzó la lucha por la posesión de Palestina. Saladino, decidido a expulsar a los franceses, predicó la guerra santa y después de una serie de combates en Ascalón (1177), el Jordán (1179) y en Tiberiades inició el asedio de Jerusalem y la rindió (1 de octubre de 1187).

A la caída de Jerusalem siguió la sumisión de las demás ciudades. Los diversos esfuerzos llevados a cabo por los cristinos para recuperar Tierra Santa resultaron vanos; pero Federico II logró obtener, mediante un acuerdo con el sultán de Egipto [Alkamil], por medios pacíficos, la restitución de Jerusalem, Belem, Nazareth, Tiro y Sidón; pero el acuerdo no se mantuvo por mucho tiempo. Desencadenada la guerra entre el emperador y el papa, prevalecieron en Oriente los enemigos de Federico II, que reiniciaron la lucha contra los musulmanes. El sultán de Egipto se alió con los turcos chowaresmios que habían penetrado en Mesopotamia, los cuales entraron en Palestina, tomaron y saquearon Jerusalem, asesinaron a los cristianos que encontraron y destruyeron las iglesias. Los caballeros franceses intentaron la reconquista pero fueron derrotados en Gaza (1244). Luchas y destrucciones continuaron aún durante cuarenta años después de las correrías de los chowaresmios; hasta que en 1291 cayó el último baluarte cristiano, San Juan de Acre, postrer resto del reino de Jerusalem.

Palestina quedaba totalmente bajo el dominio de los sultanes mamelucos de Egipto y los esfuerzos llevados a cabo por los cristianos durante el siglo xiv para recuperarla resultaron vanos.

Los dos siglos y medio de paz exterior que siguieron no fueron turbados ni siquiera por la invasión de los mongoles de Tamerlán, que se detuvieron en Damasco (1400). Los cristianos estaban sometidos a un régimen de rigor y de persecuciones, mitigado muy de tarde en tarde. Al principio se les permitió el acceso a la iglesia del Santo Sepulcro mediante el pago de un canon; pero después incluso este permiso les fue retirado y bajo el reinado de Nasir (1293-1341) fueron derruidas incluso las iglesias cristianas construidas bajo el dominio musulmán. En 1363 el rey de Chipre consiguió del sultán que fuesen restauradas las iglesias del Santo Sepulcro, de Nazareth y de Belén, pero el conjunto de la situación no varió y cesaron casi por completo las peregrinaciones de los cristianos europeos. Los judíos recibieron mejor trato que los cristianos. Muchos, expulsados de Francia, de Inglaterra y de España, pudieron trasladarse a Palestina y levantaron sinagogas.

En 1517 el dominio de los mamelucos de Egipto fue

sustituido por el de los otomanos. Aquel año Selim I entraba victorioso en El Cairo y se apoderaba también de Palestina. Pero el cambio no supuso ninguna mejora para el país ni para la situación de los cristianos. Los defectos y los males inherentes al régimen turco se manifestaron también en Palestina, incluso en mayor medida que en las restantes provincias del Imperio y dieron parecidos frutos: arbitrariedades de los pachás y de los beyes, corrupción en la administración, opresión fiscal, indiferencia hacia las necesidades de la población.

El dominio otomano se mantuvo exactamente cuatro siglos (1517-1917), y fueron cuatro siglos de miseria económica, de luchas y de revueltas de los pachás, de letargo espiritual y económico. La monotonía de los anales de Palestina hasta finales del siglo XVIII sólo se ve interrumpida por las insurrecciones de los gobernadores o de los cabecillas indígenas.

A finales del siglo XVIII Napoleón, después de conquistar Egipto, avanzó hacia Palestina. Venció a los turcos en la batalla del monte Tabor, ocupó Gaza, ar-Ramleh, Jaffa, pero no pudo con San Juan de Acre, defendida por Ahmad Djezzar y por los ingleses, y el 20 de marzo de 1799 abandonó la empresa y regresó a Egipto. El gobierno de Ahmad Djezzar duró hasta 1807.

En este tiempo se había elevado en Oriente la potencia de Mehemet Alí. Gobernador de Egipto, con un ejército y una flota más poderosos que los del sultán, su señor, aspiraba no sólo a ser independiente sino incluso a apoderarse de Siria. En 1831, con la excusa de resolver un conflicto surgido con Abdulla Pachá, envió a Palestina un ejército de 30.000 hombres al mando de su propio hijo, Ibrahim Pachá. Conquistadas Gaza, Jaffa y Haifa, Ibrahim se lanzó sobre San Juan de Acre, derrotó un ejército turco mandado por Osman Pachá y obligó a la ciudad a rendirse (27 de marzo de 1832). De Palestina pasó a Siria y obligó al sultán a ceder a sus exigencias.

El dominio egipcio sobre Palestina fue corto. En 1840,

habiendo surgido un nuevo conflicto entre la Puerta y Mehemet Alí, al pretender éste heredar todos los territorios ocupados, Gran Bretaña intervino en el conflicto y sostenida por Austria y Prusia, preocupada esta última por la influencia conseguida por Rusia en el Imperio otomano, y aquélla por los favores conseguidos por los franceses en Siria, obligó a Mehemet Alí a abandonar Siria y Palestina, que fueron devueltas a la Sublime Puerta, y a contentarse con el gobierno de Egipto, declarado autónomo y hereditario en su familia.

A partir de la retirada de los egipcios la situación de Palestina cambió radicalmente. Por una parte, el gobierno otomano intentó limitar el poder de los jeques locales y del pachá; por otra, las potencias occidentales velaron por la tutela de los cristianos y por sus propios intereses económicos. Se abrieron consulados de los países europeos en las principales ciudades; se restauraron y abrieron al culto los santuarios cristianos, se fundaron institutos de beneficencia, aumentaron las comunidades religiosas: la católica bajo el protectorado de Francia, la ortodoxa bajo el patrocinio de Rusia; los protestantes fueron tutelados por Alemania, por Gran Bretaña y por los Estados Unidos. Al mismo tiempo, y también como consecuencia de la intervención de las grandes potencias que garantizaban en Palestina, como en el resto del Imperio otomano, una cierta seguridad a los extranjeros, se produjo una corriente inmigratoria judía.

El impulso fue al principio de carácter privado y obedecía a motivos religiosos y sentimentales, pero, puesto que cada vez era mayor el número de los que se trasladaban o deseaban trasladarse a Palestina a causa de los brotes de antisemitismo que surgían en Europa y especialmente en Rusia, a partir de 1875 se pensó en organizarlo y coordinarlo.

En 1885 un grupo de judíos formó en Odesa la asociación «Amigos de Sión» (Koveve Zion) con el objetivo de incrementar y apoyar la emigración de judíos hacia Palestina. El movimiento se llamó *sionismo*.

Oración abrasada

¿No habéis mostrado de antemano a algunos de vuestros amigos una renovación futura de nuestra Iglesia? ¿No han de convertirse los judíos? ¿No es esto lo que espera vuestra Iglesia? ¿No es menester que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo y que venga vuestro reino? ¿No os dicen todos los justos de la tierra: Amen. ¡Veni, Domine!?

¡Sí, ven, Señor!

(San Luis María Grignon de Montfort)

Jerusalem: de la primera a la tercera Cruzada

Teresa Manresa Lamarca

El papa Gregorio VII quedó hondamente impresionado por las victorias islámicas del este. Los seljúcidas penetraron victoriosos en Oriente hasta las fronteras de China, en Occidente hasta el estrecho de Constantinopla y arrebataron a los fatimitas Siria con Damasco. Fue obra de Melikschah, su mayor soberano. En cuarenta años había casi conquistado el Imperio. Europa estaba rodeada: como frente a los muros de Constantinopla, en España también la Media Luna peleaba contra la Cruz.

Entonces el papa planeó un movimiento general europeo para recobrar las tierras perdidas. Reunió de nuevo los pueblos de Occidente en el cristiana fe, unidad que había estado discutida en las luchas sobre los principios de la Iglesia y sociedad cristiana entre el Imperio y el Papado. Era una época religiosa en su más íntima médula, pero toda vida interior reclama, si ha de permanecer sana, un apoyo exterior. Ese apoyo era el volver a ganar los sitios donde se había realizado lo mayor que conoce la historia del mundo, patria espiritual de todos considerada.

Fue ejecutado por Urbano II, discípulo de san Gregorio, que pronunció la palabra incendiaria que puso en llamas al mundo para la cruzada. Pero la Iglesia no sólo dio la idea de las cruzadas, sino también los medios: puso a contribución sus bienes, recibió los votos y obligó a cumplirlos, colocó bajo su protección a los peregrinos y publicó la Paz de Dios en la patria mientras ellos se marchaban.

Convocó concilio en Clermont (1095), donde muchos caballeros se cruzaron,¹ después del parlamento del papa Urbano II.

«... ¿ Por cuántos títulos no merece ser llamada santa esa tierra en que nuestro pie no puede posarse en ningún punto que no haya sido santificado por la sombra del Salvador, por la gloriosa presencia de la santa madre de Dios, por la ilustre estancia de los apóstoles, por la sangre de los mártires que ha corrido con tanta abundancia dejándolo como cegado con ella?»²

Los que en peregrinación habían ido a Tierra Santa y volvían, contaban en Occidente de qué manera los cristianos eran maltratados y el Santo Sepulcro afrentado.

1. Acto simbólico de la promesa contraída de partir a Tierra Santa. Consistía en adosar al vestido una cruz. De ahí el nombre de *cruzados*.

2. Final del parlamento de Urbano II en el concilio de Clermont (según las actas del concilio).

Testigo de ello fue Pedro de Achery, de Amiens, y prometió al patriarca Simeón una solución, quien le dio cartas para el papa y los príncipes de Occidente.

Antes de partir, una vez más, pasó la noche en oración en la iglesia del Santo Sepulcro. Agotado por los esfuerzos, se adormeció y en sueños vio a Cristo. «Levántate, buen amigo —dijo el Salvador— y sin dilación ejecuta lo que se te ha encargado, pues yo seré contigo; ya es tiempo de purificar el santuario y dar auxilio a sus servidores.»

Al grito de «¡Dios lo quiere!» movió muchedumbres. Pero ¡qué bien describió M^a Asunción López la misión de Pedro el Ermitaño!³ «Urgiéndole el celo de cumplir el mandato divino, se adelanta al Papa, corre a Francia, su patria, para reclutar un ejército. Por los caminos y aldeas que encuentra a su paso explica la situación de los cristianos en Tierra Santa después de la conquista fatimita. Su figura es exigua, viste como un monje, sus ojos son dulces y azules; tiene una elocuencia especial que persuade; su palabra es llama que prende en los corazones y despierta bélicos ardores en el rudo pecho de los artesanos y labriegos que le escuchan; conmueve el sentimiento de las mujeres y ancianos. Todos se entusiasman al evocar Jerusalem y se estremecen al oír cómo los infieles profanan los cálices sagrados, los templos que recuerdan el paso del Señor, los altares que guardan sus reliquias; se indignan oyendo cómo al llegar los peregrinos a las puertas de la Ciudad Santa *se les exige para entrar un tributo en oro, cómo no pueden pagarlo porque todo lo han perdido en el camino, y como millares de ellos, desnudos y hambrientos yacen amontonados en las puertas de la ciudad implorando la entrada* —cuenta la crónica».

Así pues, los caballeros, soldados y paisanos de Occidente acudieron en inmensos ejércitos y enormes multitudes en liberación de Jerusalem. No debe pensarse que ese inmenso movimiento se viera milagrosamente libre de las plagas que siempre medran cuando la humanidad se moviliza en masa (tomadores, logrerros, falsos profetas, aventureros, maleantes de toda índole...), pero para todos había concedido el papa indulgencia plenaria si se comprometían a luchar por el rescate de los santos lugares del poder de los turcos.

3. López Suñé, M^a Asunción: «A la conquista del Santo Sepulcro», *Cristiandad*, núm. 144 (1950), p. 135.

El conjunto de cruzados, formado por contingentes del norte y de levante de Francia, de Bélgica, del Sacro Imperio y del reino normando, adoptaron la denominación de «francos», dando a esta palabra el sentido que tenía en la época de la unidad carolingia cuando todas las tierras no formaban más que un imperio, bajo la égida de la Iglesia romana.

En Pentecostés de 1096 se puso en marcha la expedición. Ademaro de Puy, obispo, fue nombrado legado del Papa, como un segundo Moisés. Entre los principales caballeros de la cruzada estaban Raimundo de Saint Gilles; Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, príncipe del Sacro Imperio; Roberto, conde de Flandes; Hugo de Vermandois, hermano del rey, y Bohemundo el normando, duque de Tarento.

Grandes ejércitos reclutados avanzaron lentamente hacia el este durante 1097 y 1098. Tomaron diversas plazas fuertes a los turcos en Asia Menor que les abrían las puertas para llegar a Jerusalem, última meta y razón de tantos esfuerzos y, en 1098, después de largo asedio cayó Antioquía en su poder.

El 7 de junio de 1099 el ejército, que superó los días de ardiente sed sufrida a causa de que los sarracenos habían infectado fuentes y manantiales, acampó delante la ciudad santa. La lucha por Jerusalem se inició con una procesión en el monte de los Olivos. El asalto comenzó el viernes 15 de julio de 1099, a la hora de la Pasión. La lucha fue feroz por los dos bandos y la ciudad fue horriblemente saqueada. Lo cuenta un cronista contemporáneo: *la matanza de musulmanes y la sangre vertida en la lucha, daban tal aspecto a la ciudad que los mismos vencedores sintieron horror y repugnancia*. El mismo día de la conquista, por la tarde, subieron todos al Santo Sepulcro. *Se lavaron las manos y los pies —sigue el cronista—, cambiaron los ensangrentados arneses por vestiduras limpias y, descalzos, fueron a los santos lugares. Apretujábanse llorando a lo largo del camino y besaban dulcemente el suelo que había pisado el Salvador del mundo*. Los cristianos que habían sufrido la dominación musulmana salieron al encuentro de sus liberadores en procesión, introduciéndoles en el Santo Sepulcro cantando himnos de gratitud con los brazos en cruz y humillados hasta el suelo las cabezas, *todos creían hallarse a las puertas del cielo y les parecía tener ante sus ojos el cuerpo crucificado de Jesucristo* —describe el cronista que lo vio.

Inmediatamente organizó por el legado pontificio el «Reino latino de Jerusalén», cuya corona fue atribuida a Godofredo de Bouillon.

Godofredo de Bouillon, conde de la Baja Lorena (Brabante), hombre robusto, de miembros vigorosos, escasa talla y agradable porte, de pelo dorado, era guerrero valeroso. Los nobles quisieron discretamente ave-

riguar sus aficiones y costumbres antes de elegirlo rey y la única queja que tuvieron de él los religiosos que le acompañaban fue que siempre se quedaba demasiado tiempo orando en la Iglesia, aún cuando se había terminado la misa, y se encontraban siempre la comida fría. Ésa fue —asegura humorísticamente el arzobispo de Tiro en su crónica— una de las razones que motivaron su elección. Pero se negó Godofredo a ceñir la corona real en la misma ciudad donde Jesucristo llevó la de espinas y sólo accedió al título de «defensor del santo sepulcro» por respeto a los derechos de la Iglesia sobre la ciudad santa.

Este rey sin corona se mantuvo hasta el fin de su vida en el austero marco de una vida sencilla que asombraba a sus enemigos cuando iban a entrevistarse con él. Durante el cerco de Arsuf, cuando varios caídos fueron a entregarle como tributo pan, aceitunas, higos, pasas y otros productos de su agricultura, encontraron a Godofredo sentado en el suelo y su asombro se expresa en la crónica árabe con estas palabras: *¿cómo podía conformarse un príncipe tan poderoso, llegado de lejanas tierras para destrozarse los ejércitos de nuestra religión y dominar nuestro imperio, con tan modesta vivienda, desprovisto de alfombras y sedas, y tan sencillas vestiduras?* Cuando el intérprete tradujo las palabras de los caídos, el defensor del santo sepulcro contestó con uno de los versículos de la Sagrada Escritura: el hombre debe recordar que es polvo y volverá al polvo. La crónica añade que los mahometanos se marcharon alabando al caudillo cristiano.

Este nuevo reino latino de Jerusalén, extendido por las costas de Palestina gracias a la ayuda naval italiana (en 1104 se funda la colonia de San Juan de Acre) y organizado muy pronto a base del feudalismo francés, constaba de: el Principado de Siria o de Jerusalén, cuyo príncipe era al propio tiempo rey de Jerusalem; el Principado de Antioquía; el condado de Edessa; el condado de Trípoli y de muchos pequeños feudos y señoríos, como el Principado de Tiberías. El reino era hereditario; al extinguirse la dinastía los altos señores eclesiásticos y seculares elegían un nuevo rey. El clero, constituido por un patriarca, cinco arzobispos, muchos obispos y abades, formaba un estado independiente dentro del Estado.

Para defender el dominio católico sobre los santos lugares, surgió la más sorprendente de todas las instituciones del catolicismo medieval: las órdenes militares. Sus miembros eran soldados con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, más un cuarto de defender con la espada los Santos Lugares.

La debilidad de los establecimientos cristianos en el Oriente no resistía por sí misma una vigorosa reacción del mundo islámico. Recaía sobre los occidentales la res-

ponsabilidad de su defensa. Por esta causa, a la gran cruzada de finales del siglo XI debían seguir otras.

Tenían los católicos de Siria dos peligros: los mahometanos y los emperadores bizantinos, quienes no querían verlos instalados de forma estable. La no incorporación de Damasco, posición estratégica fundamental de Siria, en los establecimientos cristianos del Asia Menor obstaculizó la deficiente defensa de los mismos ante la reacción islámica. Porque la hubo.

El reino se hallaba amenazado. Entre los seljúcidas reinaba gran agitación. Un único sultán extendía su soberanía desde los límites de China, hasta Siria y Egipto. A pesar de que los cristianos pudieron tomar la rica y fuerte Tiro en 1124, se iban menguando entre ellos la sencillez y pureza de las costumbres, el entusiasmo por la causa de la cruz, el amor fraternal. Cayó Edessa y fue convertida en un montón de escombros y cayó así el antemural de la Tierra Santa. La noticia aturdió a la Cristiandad y se tenía Jerusalem por perdida. Se gritó auxilio a Occidente. San Bernardo predicó esta nueva cruzada, a pesar de estar Europa dividida en dos grandes campos: güelfos, el rey de Francia, el rey Roger de Sicilia y húngaros contra el emperador Manuel y el rey Conrado, de Alemania, cuyo reino no había tomado parte en la primera cruzada por estar enfrascada en la guerra por las investiduras. Todas las dificultades desaparecieron ante las palabras del santo de Claraval, que volvió a hacer enarbolar la Cruz para una nueva cruzada. Pero esta expedición (de 1147 a 1149) fue un fracaso.

Desde el regreso de Conrado, se lamenta el contemporáneo Guillermo de Tyro, *la situación de los latinos en Oriente empeoró de un modo enteramente visible, pues nuestros enemigos vieron de qué manera nuestros príncipes y grandes reyes, que parecían ser los firmes apoyos del pueblo cristiano, habían empleado infructuosamente sus afanes y cómo había decaído su gloria.*

Con la unificación de la Siria musulmana, iniciada por Zenguí, sultán de Mossul y coronada por Noradino, quedaba cerrado por el nordeste y el este el reino de Jerusalem. Su titular, Amalarico I, quiso extender sus dominios y creyó posible adueñarse de Egipto, dada la anarquía que sufría el país. El emir de Egipto se protegió en Noradino, quien le envió a su mejor general, Chinkuk, tío de Saladino. Saladino (Salah ad Din, salud de la religión) asesinó al califa cairota, se apoderó de los estados de Noradino y unió la Siria con Egipto: el cerco del reino de Jerusalem era completo.

Saladino, dueño incontestable de Siria y Egipto, y obedecido ciegamente en El Cairo, Edessa, Alepo y Damasco, fue una de las figuras más impresionantes del mundo oriental. Acaudilló el ataque islámico contra los establecimientos occidentales. Desde 1180 se agravó extraordinariamente la situación de los occidentales. La

batalla de Hattin, al oeste de Tiberíades el 4 de julio de 1187, selló el ulterior destino del reino de Jerusalem que caía en manos de Saladino el 2 de octubre siguiente.

Saladino, después del desastre de Hattin, donde fue hecho prisionero el rey de Jerusalem Guido de Lusignan y pasados a cuchillo los templarios y otros por no querer apostatar del cristianismo, emprendió la conquista de las principales plazas pero se dirigió antes de ir hacia Jerusalem a la región marítima para tomar los puertos, preveyendo futuras cruzadas. Tomó San Juan de Acre y Jaffa. Después Beirut y demás puertos del Líbano. Después de tomar Ascalón se dirigió contra Jerusalem.

En realidad, el gran sultán hubiera querido evitar a la ciudad santa los horrores y las destrucciones del asedio, pero los ciudadanos de Jerusalem no podían abandonar sin lucha la ciudad, pues en ellos descansaba entonces el honor de la Cristiandad. Ante su actitud resuelta, Saladino ordenó el asalto. Resisitieron con tenacidad los francos, incluso contraatacaron en varios lugares. Al ver que los zapadores egipcios conseguían abrir brecha en las murallas, decidiendo la suerte de la plaza, acordaron los caballeros y los ciudadanos intentar una salida desesperada durante la noche para abrirse paso y morir empuñando las armas. El patriarca Heraclio, «hombre ambicioso, vividor y servil político de execrable memoria»⁴ les disuadió y buscó razones morales que velaran su cobardía para no hacerlo. Otra razón que aconsejaba la rendición era la equívoca actitud de los cristianos de rito griego, quienes en su odio por la Iglesia latina, estaban dispuestos a ponerse al servicio de Saladino.

Balián de Ibelin, uno de los principales caballeros de Palestina, solicitó entonces una entrevista con el sultán para ofrecerle la capitulación si permitía la salida de sus habitantes. Saladino, irritado por la resistencia de los francos, exigió una rendición sin condiciones. Entonces Balián de Ibelin contestó empleando el lenguaje de la desesperación: *En ese caso, mataremos a nuestros hijos y esposas, incendiaremos la ciudad, destruiremos el Templo y los demás santuarios de nuestra religión, que también lo son de la vuestra. Mataremos a los cinco mil cautivos mahometanos que están en nuestro poder y luego saldremos para que ninguno de nosotros muera sin haber matado a uno de los enemigos.*

Su resuelta actitud hizo que Saladino aceptara el rescate de la población cristiana de Jerusalem mediante el pago de cinco besantes por cada mujer, diez por cada hombre y uno por los niños. *Puesto que Dios ha querido inspiraros piedad —dijo Balián— pensad en los desgraciados que no pueden pagar rescate; no olvidéis a las mujeres y niños que no tienen dinero porque habéis*

4. Según palabras de René Grousset: *La epopeya de las Cruzadas*, Barcelona, Luis de Caralt, 1944, p. 214.

matado a sus maridos y familiares. El sultán señaló entonces otra cantidad para el rescate de los pobres.

Saladino cumplió su palabra con una lealtad y sentido humanitario que llenaron de admiración a los cronistas latinos. Cuando sus fuerzas entraron en la ciudad santa, dispuso que se situaran hombres de su confianza en las principales calles para impedir toda violencia contra los vencidos.

La historia debe reconocer la caballerosidad de Saladino, tan distinto de los implacables y sanguinarios gobernadores turcos, que le precedieron en los territorios de levante como de los brutales mamelucos que habían de suceder a su dinastía. Pero cuando no estaba presente el gran sultán sus lugartenientes reducían a los cristianos a la esclavitud y se dispersó a muchos cristianos por cárceles y harenas.

Pero Saladino libertó a quinientos cristianos pobres y su hermano hizo adjudicar otros mil para ponerles en libertad. Cuando los fanáticos musulmanes le pidieron que arrasara el Santo Sepulcro para suprimir el peregrinaje cristiano, el gran sultán le contestó: *¿Para qué arrasar y destruir si el objeto de su adoración es el emplazamiento de la Cruz y del Sepulcro y no el edificio que véis? Imitemos a los primeros conquistadores musulmanes que respetaron estas iglesias.*

Devolvió solemnemente al culto islámico los grandes santuarios de Haram ech-Chérif, el Templo del Señor —que volvió a ser la mezquita de Omar— y el templo de Salomón o mezquita de el-Aqsa para los mahometanos. La gran cruz dorada que los cristianos habían colocado en lo alto de la mezquita de Omar fue arrojada al suelo en presencia de todos los infieles y vencidos que marchaban hacia el exilio. Al caer la cruz, de todas las gargantas brotó un grito: los musulmanes pronunciaron las palabras ¡Alá es grande!, mientras los cristianos expresaban en sus exclamaciones todo su dolor, cuenta el cronista.

La pérdida de Jerusalem causó estupor en Occidente. El papa Gregorio VIII murió al conocer la noticia. El emperador Federico Barbarroja convocó una dieta en Maguncia, conocida con el nombre de Dieta de Jesucristo. El emperador tomó la cruz, invocó su calidad de jefe temporal del mundo cristiano para resolver la cuestión de Oriente. Superadas las rivalidades y luchas entre Francia e Inglaterra, la tercera cruzada estaba en marcha.

Haz orar en todas las iglesias por el ejército cruzado —había pedido el Emperador Federico al rey Enrique en 16 de noviembre— porque no el propio poder salva a los reyes, sino Dios. Penetró Federico Barbarroja en Asia en mayo 1190, después de superar la primera dificultad con los bizantinos. Tuvo una brillante victoria sobre el sultán de Iconium. Cuando todo hacía esperar la pronta

recuperación de Jerusalem, el emperador germánico murió víctima de una imprudencia por bañarse en las aguas del río Salef, en Cilicia, en 1191. Con él terminaba la esperanza de vencer. La otra expedición, con Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, desde Génova fue hacia Oriente. El inglés tomó San Juan de Acre.

Si bien el objetivo de la cruzada era la reconquista de Jerusalem, el rey de Francia Felipe Augusto, celoso de la popularidad de su rival, decidió emprender el camino del regreso. Fue entonces la cruzada como una empresa personal de Ricardo. Derrotó a Saladino en Arsuf y acampó frente a Jaffa. Entonces entró en negociaciones con los musulmanes, sin resultado práctico por el empeño de éstos en conservar el dominio de Jerusalem. Ricardo, en vista de ello, intentó la conquista de la ciudad santa al asalto, pero muy pronto dio orden de repliegue hacia Ascalón.

El 1 de agosto de 1192 empezaron los contactos entre los emisarios de Saladino y de Ricardo Corazón de León, quienes pactaron una tregua de tres años el 2 de septiembre, a base de mantener las posiciones respectivas. El reino de Jerusalem continuaría en poder de Saladino y los peregrinos cristianos podrían visitar libremente los santos lugares en pequeños grupos y sin armas. La expedición francobritánica desembocó pues en una derrota moral, es decir, en un acuerdo con Saladino.

Ascalón fue destruido, los cristianos conservaron toda la comarca desde Tyro a Joppe y la mitad del territorio de Lydda y Ramián. Trípoli y Antioquía fueron comprendidas en la paz. Este fue el pequeño resultado de tan grandes sacrificios de sangre, dinero y entusiasmo por recuperar el lugar donde el Salvador vivió y murió por nosotros.

CRISTIANDAD

Edita: Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Donativo para la suscripción	2.500 PTA
Suscripción de bienhechor	6.000 PTA
Extranjero	25 \$
Número suelto	500 PTA

El sionismo: retorno a Israel y redención secular

Jorge Soley

Se cuenta la anécdota de que en cierta ocasión, Federico II de Prusia solicitó a un pastor protestante una prueba evidente de la existencia de Dios. El pastor contestó de inmediato: los judíos, majestad. Ciertamente o no, lo que sí es indudable es el carácter singularísimo y excepcional del pueblo judío. Su historia se nos muestra como contradiciendo las leyes históricas más evidentes y resulta incomprensible si se ignora la elección divina realizada sobre Israel. Los esfuerzos, realizados desde una concepción secularista, por negar este hecho son inseparables de las grandes corrientes que han marcado la vida del pueblo judío a lo largo de los siglos XIX y XX. En un primer momento fue la llamada «emancipación» de los judíos, que comportó un importante movimiento asimilatorio de multitud de ellos. Más tarde, el sionismo secularista de nuestra época, nacido de las mismas fuentes, enfocará la vida judía hacia la construcción del Estado de Israel, del Hogar judío. La negación de la intervención de Dios en la historia, de los judíos en particular pero también de toda la Humanidad, culmina en el sionismo que, adoptando frecuentemente un lenguaje religioso, sustituye lo más característico de la religión mosaica, la fe en Jahvé, Dios único y personal, y la esperanza en el Mesías, por la autoafirmación del pueblo judío.

Emancipación y sionismo, la lucha por la normalidad

Desde la destrucción del segundo Templo de Jerusalén por las tropas de Tito en el año 70 d. de C., el pueblo judío se ha visto privado de su centro espiritual. La guerra contra Roma marcó el fin de la existencia del precario estado judío y dispersó a los judíos por tierras extrañas. En la diáspora el pueblo de Israel ha conocido periodos de prosperidad, si bien han predominado las penalidades y persecuciones. En estos siglos de exilio los judíos han permanecido unidos en torno a la religión de sus padres, en comunidades fuertemente cohesionadas y celosas de mantener su identidad.

Durante la primera mitad del siglo XIX el movimiento Haskalah, las «luces judías», deudoras de la Ilustración, con Moisés Mendelssohn como figura más representativa, rompe con esta tradición secular, proponiendo la emancipación, su derecho a ser tratados como cualquier otro ciudadano de los países en los que se habían establecido. Los judíos, imbuidos de las ideas propias de la moderni-

dad, reclaman su derecho a ser normales, renegando de su singularidad como pueblo elegido. Theodor Herzl, el padre del sionismo, recogería esta idea casi un siglo después; al escribir en 1896 *El Estado judío* afirmaba: «La presión ejercida sobre nosotros no nos hace mejores. No somos distintos del resto de los seres humanos».¹

La emancipación significó también la asimilación de muchos judíos, que abandonaban sus comunidades para integrarse en la sociedad de los gentiles. Al tiempo que la fe se perdía, se aplicaba con rigurosidad la lógica revolucionaria, según la cual no existen más que ciudadanos, iguales todos ellos, por lo que los judíos no pueden ser excepción. Despojados también ellos de la «superstición religiosa», el judío no debía estar marcado por ningún carácter singular. Pero la realidad es que, por razones históricas y filosóficas, como pretenden los sionistas, pero sobre todo, no a causa de sus méritos sino en virtud del libre beneplácito de Dios, que elige a quien quiere (Rom 9,11.18), los judíos no pueden ser como los otros pueblos. Pero el proceso asimilador, si bien fue la alternativa escogida por muchos judíos, resultó finalmente un fracaso. O más exactamente, no triunfó hasta que el sionismo consiguió hacer realidad sus objetivos. En palabras de Jacques Madaule: «No siendo capaces de asimilarse individualmente, los judíos se asimilaban colectivamente en cuanto pueblo».² También David Ben Gurion, a pesar de que en un primer momento parecían enfrentarse, relaciona emancipación y sionismo como dos etapas de un mismo proceso: «El judaísmo se despojó, para buen número de judíos, de sus aspectos teocráticos y se revistió de formas laicas. La emancipación ofrecida desde el exterior se transforma en autoemancipación, en un movimiento de liberación que permitió poner las bases de un renacimiento nacional en la antigua patria».³

La secularización del mesianismo judío

No se puede comprender la esencia más profunda del sionismo sin haber antes contemplado el proceso de se-

1. Theodor Herzl: *L'État Juif*, Organisation Sioniste Mondiale, p. 33

2. Jacques Madaule: *Los judíos y el mundo actual*, Euramérica, p. 83.

3. David Ben Gurion: *Le peuple et l'État d'Israël*, Les Editions de Minuit, p. 52.

cularización del mesianismo judío. La Biblia no supone jamás un progreso de la historia que llevará hasta la redención. Por el contrario, la idea de que la redención será el resultado de un desarrollo inmanente de la historia es una idea moderna, nacida de la filosofía de las luces, que podemos definir como un mesianismo bajo la forma secularista de fe en el progreso. En palabras de Gershom Scholem, «las esperanzas mesiánicas no están dirigidas a aquello que la historia puede aportar, sino hacia lo que surgirá de sus ruinas y se revelará al fin de los tiempos. El resultado mesiánico no se describe nunca como el resultado de la acción del hombre. El Mesías vendrá en el momento más inesperado, sin ser anunciado.⁴ Es la concepción del mesianismo verdadera, la sostenida por el *Catecismo de la Iglesia católica* en su punto 676.

Esta fe mesiánica, alterada ya en el ebionismo judío, va a ser secularizada por completo a partir del siglo XIX. Pero este fenómeno tiene un claro precursor: el filósofo judío Baruch Spinoza, redescubierto en la actualidad como el primer sionista.⁵ En efecto, Spinoza supone el primer intento de secularizar la historia judía, siendo consciente además de que, secularizada la historia de Israel, quedaba secularizada la historia en general. Cuando Spinoza, tras negar la existencia de Dios, escribe «creo que los judíos restablecerán su imperio y que Dios los elegirá de nuevo»⁶ está transformando la elección de Dios por la autoafirmación de la voluntad propia. La elección deja de ser irrevocable, la elección es la voluntad del propio pueblo judío que decide dotarse a sí mismo de existencia política. Por lo tanto, es posible el restablecimiento de Israel, pero el retorno a Sión será el resultado de las leyes inmanentes de la naturaleza, no el fruto de una intervención providencial. La Redención, entendida como mera liberación del imperio de las naciones, queda secularizada por completo. En este sentido, en el limitarse a la historia secular, Spinoza dio sentido al sionismo, que no ha esperado una redención trascendente, sino que ha optado por actuar la redención judía en el curso de la historia secular.

El sionismo: la sustitución del Mesías por el pueblo judío

Desde esta nueva concepción secularista, los textos atribuidos al Mesías serán interpretados como profecías referentes al pueblo judío en general. En el capítulo 53 de Isaías, en el que se describe al Siervo sufriente, el

Mesías, llevado como cordero al degüello, los sionistas verán una imagen del pueblo judío que, después de múltiples sufrimientos, alcanza la victoria, recibe «su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos». El Mesías se identifica así con el pueblo de Israel que, después de pasar por el exilio y las persecuciones, toma conciencia de su propia condición y emprende la acción de la redención, coronada por la vuelta a Sión. Para el rabí Yehuda Jai Alkalai, «la Redención comenzará con los esfuerzos de los judíos mismos. Deben organizarse y unirse, escoger dirigentes y abandonar los países donde están exiliados. Sugiero humildemente que esta asamblea elegida —la asamblea de ancianos— sea la cristalización de la promesa del mesías hijo de José».⁷ El lenguaje puede ser similar al de los judíos religiosos de varios siglos atrás, adoptando formas religiosas (¿y de qué otra forma puede expresar un judío su identidad, su historia?), pero el contenido es radicalmente distinto: el lugar del Mesías, Hijo de Dios, es ocupado por el pueblo judío como colectividad. Así, Najman Syrkin podrá afirmar que «La esperanza mesiánica —que siempre ha sido el sueño más grande de los judíos exiliados— se transformará en acción política».⁸ Pero posiblemente haya sido David Ben Gurion quien haya expresado con mayor fuerza y exactitud el carácter revolucionario y secularista del sionismo: «El sionismo es esencialmente un movimiento revolucionario. Es muy difícil hallar una revolución tan profunda como la que el sionismo desea provocar en la vida del pueblo hebreo. La esencia real del pensamiento sionista acerca de la vida del pueblo judío y de la historia hebrea es básicamente revolucionaria: constituye una rebelión contra una tradición de muchos siglos, que desea de manera ansiosa y desamparada la redención. Esos anémicos e infecundos deseos los hemos sustituido por la voluntad de la realización, por un intento de reconstrucción y creatividad en el suelo de la patria».⁹

Este espíritu se recoge en el primer párrafo de la carta fundacional del Estado de Israel, la Declaración de Independencia, en el que se lee: «Erets Israel (la tierra de Israel) fue el lugar de nacimiento del pueblo judío. Aquí se forjó su identidad espiritual, religiosa y política. Aquí alcanzaron por vez primera la situación de estado, crearon valores culturales de significado nacional y universal y dieron al mundo el eterno Libro de los Libros». Frente a la realidad de ser la nación santa no a causa de sus méritos, sino en virtud del libre beneplácito de Dios, el sionismo eleva idolátricamente al pueblo judío al lu-

4. Gershom Scholem: *Le messianisme juif*, Calman Levy, p. 39.

5. Seguimos en este punto el libro de Yirmiyahu Yovel: *Spinoza et autres herétiques*, Ed. du Seuil.

6. Baruch Spinoza: *Tratado Teológico Político*, 3: 57.

7. César Vidal: *Textos para la historia del pueblo judío*, Cátedra, p. 258.

8. Najman Syrkin: *El problema judío y el estado socialista judío*, p. 87.

9. David Ben Gurion: *De clase a nación*, p. 63.

gar de Dios. No quieren ser por más tiempo los receptores de la Revelación y los transmisores de la misma al resto de la Humanidad; en vez de eso afirman ser sus creadores.

El judaísmo: una ideología nacionalista moderna

Si bien desde mediados del siglo XIX ya existían corrientes como «Por amor a Sión» que pueden considerarse precursoras del sionismo, éste cristaliza en un movimiento político con objetivos muy precisos con la publicación de la obra antes citada de Herzl, *El Estado judío*. Escrita a finales de siglo, en un ambiente en que el proceso asimilador se unía al surgimiento del antisemitismo moderno, radicalmente diferente del antiguo, supone el primer manifiesto público de la necesidad de que el pueblo judío vuelva a reunirse en un hogar propio. A partir de ese momento el movimiento sionista se organizará y su vida vendrá marcada por la organización de Congresos sionistas, el primero de los cuales tuvo lugar en Basilea un año después de la publicación de la obra de Herzl. El sionismo estará marcado por lo que David Ben Gurion denomina «un hebraísmo laico, que desde el primer Congreso Sionista, se reveló como la ciudadela del movimiento sionista y la cohorte que realizó la redención de la Tierra de Israel. En la medida en la que la religión perdía terreno, era sustituida por un ideal nacional judío, por la pasión por la lengua hebraica, por una identificación nostálgica con la patria histórica».¹⁰

A la luz del proceso secularizador del mesianismo, origen del movimiento sionista, se comprende la oposición al mismo, constatada ya desde sus primeros pasos, por parte de los judíos creyentes. Los miembros del Agoudath Israel y, en nuestros días, los Netourei Karta (Guardianes de la Ciudad) en Jerusalem, ven el Estado de Israel como la creación de un falso mesianismo que supone una rebelión contra Dios. Sólo Dios traerá un día la Redención y, por lo tanto, la reconstitución de una soberanía judía, signo de los tiempos mesiánicos, gracias a la acción del hombre es una rebelión contra Dios y la Thora. Sin embargo, estos judíos religiosos son una pequeña minoría e incluso entre los propios rabinos abundan los llamados «sionistas religiosos», como el rabí Abraham Isaac Kook, que afirma: «Enfrentarse al nacionalismo judío, incluso de palabra, y denostar sus valores no es lícito, porque el espíritu de Dios y el espíritu de Israel (el nacionalismo judío) son idénticos».¹¹

Una de las características propias del nacionalismo, el uso de un lenguaje y una imágenes religiosas al servicio de una ideología que toma el lugar de la religión, se constata también en el influyente «sionismo religioso».

Lo hemos escuchado de la boca de sus propios padres fundadores: el sionismo es, en primer lugar, secularización de la esperanza mesiánica de Israel, y como tal, una ideología hija de la modernidad, un nacionalismo que aspira a colocarse en el lugar que le corresponde a Dios. Este carácter profano del sionismo se advierte claramente en Herzl, para quien el sionismo no era sino una aplicación a un caso particular del principio de las nacionalidades. Es interesante observar como el deseo de retornar a Palestina era algo importante pero no vital para Herzl, que incluso se mostró favorable a crear una nación judía en Uganda. El antiguo amor a la tierra prometida era reemplazado por el moderno nacionalismo. Finalmente, Eliezer ben Yehuda expresará la motivación de la vuelta a Sión de forma clara: «La religión judía será indudablemente capaz de perdurar en tierras extrañas. Amoldará sus formas al espíritu del lugar y de la época, y su destino será igual que el de todas las religiones. Pero ¿y la nación? La nación no podrá vivir si no es en su propio suelo».¹² En la misma línea nacionalista, Moses Hess afirmaba, al contemplar la unificación italiana, que «con la liberación de la Ciudad Eterna sobre el Tíber se inicia la liberación de la Ciudad Eterna sobre el Monte Moriah. Con la resurrección de Italia se inicia la resurrección de Judea. A los hijos huérfanos de Jerusalem se les permitirá también participar en el gran renacimiento de las naciones»;¹³ y Tsvi Hirsch Kalisher hacía un llamamiento a su pueblo: «Imitemos los ejemplos de los italianos, los polacos y los húngaros, que sacrifican sus vidas y sus bienes en la lucha por la independencia nacional».¹⁴

Pero Herzl, el padre espiritual del sionismo, moriría antes de contemplar el primer triunfo en el camino hacia la construcción del Estado de Israel, la Declaración Balfour, por la que Lord Balfour, ministro de Asuntos Exteriores británico, comunicaba en 1917 que «el Gobierno de Su Majestad considera favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». El mandato sobre Palestina de 1922 suponía el reconocimiento de la Declaración Balfour por parte de la Sociedad de Naciones y las potencias vencedoras. El sionismo, vislumbrando la realización de su sueño, se volcó en el retorno de judíos a Palestina a tra-

10. David Ben Gurión: *Le peuple et l'État d'Israël*, Les Editions de Minuit, p. 90.

11. Rabí Abraham Isaac Kook: *Luces de renacimiento*, en César Vida, en *Textos para la historia del pueblo judío*, Cátedra, p. 44.

12. César Vidal: *Textos para la historia del pueblo judío*, Cátedra, p. 258.

13. Moses Hess: *Roma y Jerusalén*, p. 31.

14. Tsvi Hirsch Kalisher: *Búsqueda de Sión*, en César Vidal: *Textos para la historia del pueblo judío*, Cátedra, p. 47.

vés de la Agencia Judía, creada con el fin de trasladar colonos al territorio bajo mandato británico. Este esfuerzo de repatriación, continuado hasta nuestros días, ha convertido los diez mil judíos que habitaban en Palestina a principios del siglo xx en los casi cuatro millones y medio actuales. La tensión entre la población árabe y la judía se iría haciendo cada vez más fuerte, desembocando en la renuncia por parte de Gran Bretaña a la administración del territorio y la división del mandato por parte de la ONU en dos estados libres y soberanos, uno árabe y otro judío. El plan de partición, que no fue aceptado por los árabes, supuso la constitución del Estado de Israel en 1948. A partir de ese momento se sucederían los conflictos armados entre árabes y judíos: 1948, 1956, 1967 y la guerra del Yom Kippur en 1973, pero la resurrección del Estado de Israel, la vuelta a Sión, era ya un hecho que no hizo más que reafirmarse. El sionismo había triunfado.

A través de la secularización de las esperanzas mesiánicas, por medio de ideologías revolucionarias modernas (liberalismo, socialismo, nacionalismo), el pueblo judío expresaba su voluntad de no ser ya el pueblo escogido por Jahvé. Es lo que expresa con claridad la Declaración de independencia de Israel de 1948: «Este derecho es el derecho natural del pueblo judío a ser dueños de su propio destino, como todas las demás naciones, en su propio estado soberano». Resuenan aquí los ecos de los judíos del Antiguo Testamento pidiendo un rey: «¡No! Tendremos un rey y nosotros seremos también como los otros pueblos»; y la respuesta de Jahvé a Samuel: «No te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos».

El sionismo a la luz de la teología de la historia

El sionismo, como todo falso mesianismo, supone una rebelión contra Dios. Sin embargo, a la luz de la Teología de la Historia,¹⁵ sabemos que Dios, por medio de su Providencia, dispone, a veces de forma misteriosa, que aquello que se alza en apariencia frente a sus designios colabore en el cumplimiento de los mismos. Al contemplar desde esta perspectiva la vuelta del pueblo judío a Sión, este hecho cobra una nueva dimensión.

Es San Pablo, en su Epístola a los Romanos, quien arroja luz sobre el papel del pueblo judío en la economía de la salvación. La apostasía de Israel tuvo por consecuencia la transmisión de la salud a los gentiles, tal y como estaba anunciado en Isaías: «Dejéme buscar por

los que antes no me preguntaban; dejéme hallar por los que no me buscaban» (Is 65,1). Por lo tanto, diremos con San Pablo, «Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salvación los gentiles para excitarlos a emulación. Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!... Porque si su reprobación es reconciliación del mundo ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?» (Rom 11,11-15). Se nos presenta así un misterio que no debemos ignorar; tras la reprobación de los judíos, San Pablo nos anuncia la futura anulación de la misma y la conversión de Israel: «el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo» (Rom 11, 25-26).

La dispersión sufrida por el pueblo tras su apostasía al no reconocer al Mesías fue predicha con exactitud por Moisés cuando anunció a su pueblo que «Yahveh te desparramará por todas las naciones, de un extremo al otro de la Tierra... En aquellas naciones no lograrás descanso ni tendrá punto de reposo la planta de tu pie» (Deut 28, 64). La vuelta y posesión de Palestina está asimismo profetizada por Dios por boca del profeta Ezequiel: «He aquí que Yo tomaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde emigraron, y los congregaré de todo alrededor, y los introduciré en su territorio... Y habitarán sobre la tierra que Yo di a mi siervo Jacob, donde moraron sus padres» (Ez 37, 21-25).

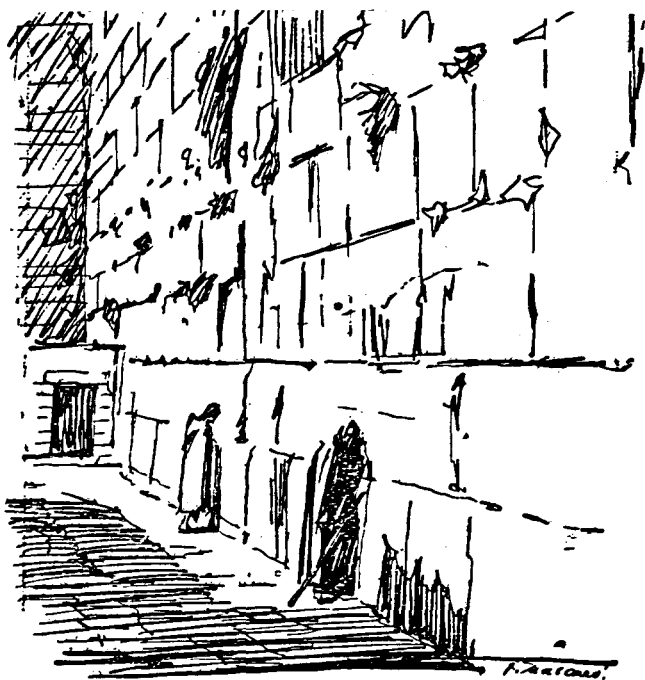
Los pasajes citados, en especial los pertenecientes a la Epístola de San Pablo a los Romanos, se encuentran estrechamente ligados a las palabras de Jesucristo en las que nos revela que los judíos «serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalem será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones» (Lc 21-24). Este último tiempo es a su vez el de la conversión de Israel, de modo que la conversión de los judíos está conectada con el fin de su dispersión, esto es, con su restauración como pueblo. Por lo tanto, es fundado ver en la vuelta de los judíos a Palestina el primer paso, necesario, para el cumplimiento de los vaticinios citados. Así, el sionismo, que no se inspira en ideas religiosas e incluso se presenta como un falso mesianismo, parece ser el instrumento mediante el que Dios empieza a dar cuerpo a sus planes sobre Israel y la Humanidad entera.

Al ocupar Palestina y establecer allí un Estado propio, los judíos obedecen, sin darse cuenta, a Dios, que los congrega de nuevo en aquel pequeño territorio, para obrar en ellos el misterio predicho por San Pablo y los profetas del Antiguo Testamento. Con la vuelta a Sión, se inicia la restauración de Israel en el país de sus padres y su próxima incorporación al Cuerpo Místico de Cristo.

15. Cfr. Mons. J. Straubinger. «El problema judío a la luz de la Sagrada Escritura». *Cristiandad*, núm. 137. 1949. p. 498.

Israel, reloj de Dios en la historia de la Salvación

José Javier Echave-Sustaeta



permanece irrevocable porque su fidelidad dura por siempre, y guarda el juramento que hizo a sus padres.

Una vez escogido, Israel ya no está sometido a las leyes ordinarias y comunes de la historia para los demás pueblos, sino que anda por caminos extraordinarios que se reserva la divina Providencia, sin cuyo especial cuidado y gracia no es posible comprender nada de su extraña historia antigua, ni cómo haya podido subsistir como pueblo unido, aunque disperso, a lo largo de los últimos dos mil años.

Si también se ha dicho que Israel es el reloj de Dios en la historia de la Salvación, tras largos siglos de aparente quietud, en el último parece haber despertado y estar comenzando a marcar signos anunciadores de nuevos tiempos de esperanza en la misericordia de Dios para con la humanidad de nuestros días. En el reloj de Israel han sonado últimamente varias campanadas.

«La venida del Mesías glorioso en la historia se vincula a su reconocimiento por "todo Israel"»
(*Catecismo*, núm. 614)

Los cristianos sabemos bien de la reprobación del pueblo judío tras rechazar a Cristo, su Mesías, el Hijo de Dios vivo; pero no advertimos tan fácilmente que lo extraordinario respecto a Israel no es tanto su reprobación y dispersión, sino la promesa de la cancelación de su falta y la de su futura restauración, y con ellas el cumplimiento de lo anunciado por los profetas y por san Pablo con su autoridad de apóstol: «¿Acaso repudió Dios a su pueblo? ¡En modo alguno! ¿Acaso tropezaron y cayeron definitivamente? ¡En modo alguno! Mas por su caída llega la salvación a los gentiles para meterles celos. Y si su caída es riqueza para el mundo, y su mengua riqueza para los gentiles, ¡cuánto más lo será su plena restauración! Pues si su repudio ha sido reconciliación para el mundo, ¿qué será su reconciliación sino retorno de muerte a vida? No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, a fin de que no presumáis de vosotros, que el endurecimiento ha sobrevenido a parte de Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado; y así todo Israel será salvo» (Rom 11,1-11; 12,25-27).

El Concilio nos recuerda las esperanzas de la Iglesia, pues: «Según el Apóstol los judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se

Toda la historia humana es sagrada vista desde la perspectiva teológica. Los pueblos y las naciones actúan en la historia libremente, y escribiendo sobre renglones derechos o torcidos, de grado o a su pesar, al cabo, llevan a su cumplimiento la recta escritura de los planes de Dios. Sabemos que esos planes de Dios son desde el principio designios de misericordia y amor, y que en ellos tras la caída original y la inmediata promesa de un Salvador, toma protagonismo un pueblo, el de Israel, del que Dios ha querido valerse como de misionero y evangelizador de los demás—«*todas las familias de la tierra serán bendecidas en ti*»—, para cumplir su proyecto de salvación para la humanidad entera. El hecho de que el hijo destinatario de esa misión no haya querido inicialmente ir a su viña a llevarla a cabo, o la haya desvirtuado al creerse protagonista, no por encargo misericordioso del Padre, sino por méritos propios, no cancela los proyectos de Dios para con su pueblo.

Por ello, los acontecimientos que marcan la historia del pueblo judío no se pueden medir con los criterios humanos y los parámetros al uso para la historia de los demás pueblos. Dios elige a quien quiere y porque quiere, y quiso elegirse como porción escogida al pueblo de Israel del Antiguo Testamento como su pueblo de predilección entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra, no porque fuera mejor, sino porque lo amó, y su elección

arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invoquen al Señor con una sola voz y le sirvan como un solo hombre» (Sof 3,9).

Más recientemente, el *Catecismo de la Iglesia católica* en su número 674 nos dice que «La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia (cf Rom 11,31), se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (Rom 11,26; Mt 23,39) del que una parte está endurecida en la incredulidad»; y tras citar al Apóstol en que la restauración de Israel será como una resurrección de entre los muertos, dice: «La entrada de "la plenitud de los judíos" en la salvación mesiánica, a continuación de la "plenitud de los gentiles", hará al pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" en la cual Dios será todo en todos».

«El que dispersó a Israel le congrega de nuevo» (Jer 31,7)

Hasta la fecha sólo una parte mínima del pueblo judío ha reconocido a Cristo como Mesías, y ello de modo individual; pero lo que los profetas anuncian, asegura el Apóstol y enseña la Iglesia es la futura conversión de los judíos como pueblo. Condición previa para ello era que Israel existiera como entidad colectiva nacional, lo que algunos decían ser imposible, dada la secular dispersión de los judíos entre las naciones. El padre Ramón Orlandis, por el contrario, tras la Declaración Balfour en 1917 creía llegado ya el tiempo en que Dios habría empezado a dar cuerpo a sus designios de misericordia y que el pueblo judío como comunidad volvería a la tierra de sus padres. Y tal como él había previsto, el acontecimiento tuvo lugar treinta años después: la singular y sorprendente creación del Estado de Israel en Palestina en 1948.

Según el derecho internacional, el pueblo judío no puede reivindicar la posesión de un país con el solo título de que en él moraron sus antepasados hace dos o tres mil años. Pero su título es otro; no es de derecho de gentes, sino de origen superior: Palestina sólo les corresponde habitarla a los judíos por voluntad, mejor dicho, por misericordia divina, y por la fidelidad de Dios a sus promesas. Si no se admite este reconocimiento no cabe otro fundamento que el derecho de la fuerza de los poderes e intereses internacionales que le sustentan.

Los caminos por los que Dios propició este nacimiento nos pueden parecer una vez más desconcertantes. Los creadores del Estado de Israel, pese a su misteriosa aparición y consolidación, no quieren ver la mano misericordiosa de Dios en ello, sino la que dicen fuerza vital del genio judío, sublimación de la humanidad liberada.

El Señor reúne a su pueblo

Yo os tomaré de entre las gentes y os reuniré de todos los países y os conduciré a vuestra tierra. Y os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos; y os daré un corazón nuevo, y os arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne. E infundiré dentro de vosotros mi espíritu y os haré caminar en mis preceptos, observar mis mandamientos y ponerlos por obra. Entonces habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.

(Ezequiel 36,24-28)

«Nuestra actual resurrección se debe sólo a la divina energía misteriosa del hombre, manifestada más que en ningún otro en el pueblo judío» (Ben Gurion)

«Es Dios quien nos ha dado esta tierra», dijo Benjamín Netanyahu en junio de 1996, al tomar posesión de su cargo de primer ministro, pero esta concesión hecha en el contexto equívoco de un discurso político para el consumo de todo el sector religioso que le había dado masivamente sus votos, no contradice el pensamiento profundo del sionismo gobernante que expresa con claridad Ben Gurion en su libro *El Pueblo y el Estado de Israel*:

«Escondida en el cuerpo de nuestra comunidad existe una vitalidad milagrosa que preserva su existencia y su identidad, infundiéndole la fuerza de resistir toda influencia externa que pudiera minar nuestro ser profundo. No la tiene cada judío individualmente... pero el conjunto del pueblo de Israel superó las pruebas, combatió y triunfó. Nuestra historia es la crónica de esta lucha, que no ha terminado por el hecho de que hayamos fundado nuestro Estado».

Vista la historia de tejas abajo, el Estado de Israel nace de las intrigas y maquinaciones del sionismo mundial, que no se inspira en la fe religiosa de los judíos piadosos y ortodoxos que esperan el Mesías. «La esperanza mesiánica que desde docenas de generaciones había sido religiosa y metafísica, toma un carácter político y nacional, actuando sobre el pueblo como un cataliza-

El Señor apacienta a su pueblo

Así habla el Señor Jahwé: Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré. Como recuenta el pastor a sus ovejas el día en que la tormenta dispersa el rebaño, así recontaré yo a mis ovejas y las pondré a salvo en todos los lugares en que fueron dispersadas el día de nublado y de la tiniebla. Y las recogeré de entre los pueblos, las reuniré de los países y las conduciré a su tierra y las apacentaré sobre los montes de Israel, en sus valles y en todas sus regiones. Yo las conduciré a buenos pastos y descansarán en cómodo redil en los montes de Israel. Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las haré sestear.

(Ezequiel 34,11-15)

dor», —dice Ben Gurion—, sino en la idea atea y nacionalista de que no hay que esperar ya mesías personal alguno, pues el mesías es el pueblo judío, símbolo y portavoz de la humanidad, por fin autoconsciente de su divinidad.

Ben Gurion, moderno profeta del sionismo, nuevo Moisés secularizado, expresa el pensamiento ateo, panteísta y spinoziano de los nacionalistas fundadores del Estado de Israel con estas sobrecogedoras y blasfemas palabras: «La energía que encierra la naturaleza —en el subsuelo, en los saltos de agua, en el seno del átomo y del sol— no nos bastaría si no supiéramos poner en marcha la más preciosa, la energía moral y espiritual que encierra el hombre en los arcanos de su esencia divina y misteriosa, de la que nadie conoce el sentido ni el secreto, pero de la que cada uno conoce su existencia, su fuerza y su poder, su actividad y su influencia. Esta energía milagrosa se ha revelado entre nosotros más quizás que entre ningún otro grupo humano, tanto por su potencia moral, como por su potencia intelectual. Es solamente gracias a esta energía que ha tenido lugar el milagro de nuestra subsistencia en la Diáspora durante millares de años, y luego el milagro de nuestra resurrección presente. La naturaleza no ha cambiado durante millones de años. Pero el espíritu del hombre no cesa de progresar... En toda la historia de la humanidad no hay manifestación más impresionante de la capacidad del alma de resistir a las dificultades, obstáculos, catástrofes y peli-

gros que la que presenta la historia del pueblo judío desde sus orígenes, en la época de los patriarcas hasta el día de hoy».

«Yo os recogeré de entre las gentes y os reuniré de entre las tierras en que os había dispersado y os daré la tierra de Israel.» (Ez 11,17)

Los profetas, en múltiples pasajes, anuncian otro hecho no menos sorprendente y humanamente inexplicable: que, llegado el día, Dios se apiadará de todo su pueblo desterrado y disperso entre las naciones, y lo conducirá a la tierra que había dado a sus padres, donde tras una gran prueba, mirará al que crucificaron, se reconciliará con Él, y habitará allí en paz para siempre. Acontecimientos recientes y actuales permiten entender que nos hallemos en el comienzo de la llegada de estos días. El nacimiento del Estado de Israel no sería un fin en sí mismo, sino sólo un medio y una etapa hacia la reunión del pueblo judío en la tierra de sus padres, y presupuesto para su futura conversión.

El sionismo creador del Estado y que ha venido gobernando en Israel durante estos casi cincuenta años, primero mediante su facción laborista y más recientemente de la nacionalista liberal, se ha sentido prioritariamente urgido a promover por todos los medios el retorno de los judíos dispersos a su antigua patria. De las decisiones fundacionales del recién nacido Estado de Israel, tras la de la irrenunciable capitalidad de Jerusalem, la más importante ha sido la de la Ley del Retorno. Según ella, el moderno Estado no sería nuevo sino continuación del antaño destruido que ha de reemprender el camino interrumpido hace diecinueve siglos. La Ley del Retorno obviaría este largo paréntesis, dice Ben Gurion:

«El 14 de mayo de 1948 el nuevo Estado no ha sido creado partiendo de la nada: ha resucitado 1813 años después de que su independencia fuera abolida en la época de Bar-Ko'hba y de Rabbi Akiba, y los hechos concretos inmediatos que han precedido a su proclamación no han sido los más determinantes... Es, pues, evidente que el renacimiento del Estado no es un comienzo, sino la continuación de lo que ya había existido, no es un fin en sí mismo, sino una nueva etapa en el largo camino hacia la redención total de Israel.

«El esfuerzo de los judíos del país y de la diáspora realizará su ancestral deseo: la redención de Israel»

Ben Gurion prosigue: «El primer artículo de la Carta de la Independencia que define los principios directivos

de nuestro Estado proclama antes de toda otra consideración que «el Estado de Israel estará abierto a la inmigración judía y al reagrupamiento de los exilados. Luego lanza una llamada a los judíos de la diáspora para unirse en torno a los israelitas por la inmigración y la reconstrucción para apoyar el considerable esfuerzo destinado a realizar el ancestral deseo de la redención de Israel». Obsérvese cómo la redención de Israel no es obra de Dios, sino del propio pueblo judío.

«La Ley del Retorno es una ley fundamental del Estado que materializa su misión primera: el reagrupamiento de los Exilados, que extrae su fuerza del lazo histórico ininterrumpido entre el pueblo judío y su Tierra... La ley del Retorno no es una simple ley de inmigración... es la ley de la continuidad de la historia de Israel, el postulado político en cuyo nombre ha sido fundado el Estado de Israel.»

El retorno de los exilados, que llaman Operación Reagrupamiento, misión primordial del Estado judío, se lleva a cabo a través de los dos organismos paralelos del movimiento sionista: La Organización Sionista Mundial, que fija las líneas de actuación, y la Agencia Judía, que se encarga de todo el aspecto práctico que conlleva el traslado masivo de emigrantes y su asentamiento e integración en el país.

Desde el final de la segunda guerra mundial la Organización Sionista ha aprovechado cada coyuntura política internacional favorable para llegar a acuerdos con países cerrados a la emigración que estuvieran dispuestos a permitir la salida de los judíos allí residentes a cambio de armas, dinero, tecnología punta, influencia internacional, etc.

La Agencia Judía, una vez alcanzado el acuerdo, se encarga de realizar las operaciones de traslado bajo el lema «sacar al máximo número de judíos en el plazo más corto posible». Los inmigrantes, recordando a sus antepasados que salieron de Egipto, deben estar preparados y con todo a punto, «ceñidos los lomos y calzadas las sandalias», esperando la llamada. Así se procedió a la repatriación de cientos de miles de judíos del Mediterráneo, norte de África y Oriente Medio en los años siguientes a la independencia.

«Nada temas, que yo estoy contigo. Yo traeré a tu descendencia del oriente y los reuniré del occidente. Diré al norte: ¡devuélvelos!» (Isaías 43.5)

La verdadera dificultad, que se estimaba insuperable, radicaba en conseguir que el Norte, el Septentrión bíblico, devolviera a los judíos que moraban bajo la férula del Estado soviético. Sus dirigentes soltaban con cuentagotas los permisos de emigración. Desde los años

Jesús profetiza la desolación y la conversión de Jerusalem

«¡Jerusalem, Jerusalem, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!

Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa. Porque os digo que ya no me volveréis a ver hasta que digáis: *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»*

(Mateo 23,37-39)

ochenta eran sólo unos centenares anuales, utilizados como moneda de cambio en sus negociaciones con el Oeste. Pero llegó otro signo de los tiempos: la caída del muro de Berlín de 1989 y el subsiguiente desmoronamiento del hasta entonces incuestionado Imperio soviético. Gorbachov primero y Eltsin luego, accedieron a las exigencias de su protector, los Estados Unidos, y permitieron la masiva emigración judía. Esta providencial oportunidad de salir de la ex URSS coincidió en el tiempo con otra circunstancia: la imposibilidad de entrar en los Estados Unidos. Hasta entonces la mayoría de los judíos que conseguían permiso de salida de Rusia y de sus satélites, no quería ir a Israel, sino que se instalaba en los Estados Unidos. Para impedir la entrada de hispanos y orientales, dictó el Estado norteamericano leyes antiemigración, de las que no se podía exceptuar a los judíos, que vieron así cerradas sus puertas. Sólo cabía, pues, emigrar a Israel. La Agencia se puso en marcha con celeridad y su eficacia se multiplicó. En los últimos cinco años ha llevado a Israel a más de un millón de judíos rusos. Primero se trasladó a los más amenazados, un cuarto de millón que habitaba en las repúblicas caucásicas y musulmanas, y luego al resto. Eran una multitud de judíos pobres, y en su mayoría religiosos observantes, que marchaban a la tierra de Israel para poder vivir mejor y en paz. Jahwé le hizo anunciar al profeta hace 2500 años:

«Yo os voy a hacer volver de la tierra del Norte, y os reuniré de los confines de la tierra. A todos juntos, al ciego y al cojo; a la embarazada y a la recién parida. ¡Qué gran muchedumbre es la que regresa!» (Jer 31,7-8).

Profecía de la conversión de los judíos a Cristo

Aquel día me dispondré a destruir a todas las naciones que vengan contra Jerusalem; derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán lamentación por él como lamentación por hijo único, y le llorarán amargamente como se llora amargamente a un primogénito.

(Zacarías 12,9-10)

«En adelante se dirá: "por vida de Jahwé que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte".» (Jer 16,11)

Los actuales dirigentes judíos no tiene el menor inconveniente en reconocer que Israel está siendo hoy protagonista de acontecimientos extraordinarios, anunciados hace más de 25 siglos por los profetas; es más, se jactan de ello, y abundan las citas de textos proféticos en sus libros y discursos políticos, lo que podría hacer pensar que mantienen la fe religiosa mosaica de sus antepasados. Pero tal lenguaje es equívoco, retórica destinada al consumo de la minoría piadosa de dentro y de fuera del Estado. Aceptan ser protagonistas de su restauración, pero no quieren recibirla como una gracia de la misericordia de Dios, sino como fruto de su esfuerzo y la vital energía de su raza.

Simha Dinz, presidente de la Agencia Judía y de la Organización Sionista Mundial, ponderaba en junio de 1991 el alcance del acontecimiento que supone el retorno de los judíos de Rusia: «Por primera vez desde el éxodo hebreo de Egipto y desde la creación de Israel en 1948, una parte tan significativa del pueblo judío está camino de su Estado».

Este llamado «primer ministro mundial del pueblo judío», Simha Dinz, máximo responsable de todas las operaciones de retorno de los últimos años, sin duda no ignora el famoso texto en que Jeremías anuncia que será tal la magnitud de los prodigios que hará Jahwé para hacer retornar a su pueblo, que dejará pequeños a los realizados para sacar a Israel de Egipto; parece que alu-

de a él en sus discursos, y admite que ello se está cumpliendo, pero no reconoce ser instrumento de la mano poderosa de Jahwé. El texto del profeta Jeremías no puede ser más elocuente sobre las maravillas que obrará Jahwé para recoger a su pueblo de entre las naciones y hacerlos retornar a su tierra: «Vienen días, oráculo de Jahwé, en que ya no se dirá más: "Por la vida de Jahwé, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto", sino más bien: "Por la vida de Jahwé, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte y de todas las tierras en que los había dispersado, y de donde yo les conduciré de nuevo a su tierra, a la tierra que había dado a sus padres"» (Jer 16,14).

De los numerosos textos en que a lo largo del Antiguo Testamento se reitera la promesa de retorno y restauración de Israel en su tierra por obra de Dios, quizás uno de los más concretos y precisos respecto a los lugares de procedencia de los desterrados, es éste de Isaías:

«Y sucederá aquel día que el Señor volverá a alzar su mano para rescatar al resto de su pueblo que aun quede de Asiria y Egipto, de Partia, de Etiopía, de Elam, de Sinar, de Jamat y de las islas del mar. Tremolará un estandarte para las naciones y reunirá a los dispersos de Israel, y recogerá a los desperdigados de Judá de los cuatro confines de la tierra» (Is 11,11-12).

Su cumplimiento ha sido puntual y preciso. Respecto a Asiria y Sinar, sobre cuya llanura dice la Biblia que se construyó la torre de Babel, fueron más de cien mil los judíos retornados a Israel a través de dos mil vuelos directos Bagdad-Tel Aviv entre 1948 y 1950 en la llamada Operación Ezra y Nehemías. Para conmemorar este acontecimiento el Estado de Israel emitió un sello postal de valor 80 aganot con una bandeleta en la que se inserta el versículo 43 del capítulo 12 de Nehemías: «Regocijaronse también las mujeres y los muchachos al oír de lejos el alborozo de Jerusalem». Debajo, en hebreo e inglés, se lee: «Exodo de los judíos de Irak a Israel».

«Yo traeré a tu descendencia del oriente y los reuniré del occidente, diré al mediodía: "no los retengas".» (Is 43,5)

Ya en 1948 comenzó a organizarse la vuelta de los judíos de Egipto, de los que fueron llevados a Israel más de cien mil en la Operación Goshen hasta 1953. Otros doce mil fueron transportados en una rápida operación durante la campaña del Sinaí de 1956. El servicio filatélico israelí emitió en 1950 una serie de dos valores de 20 y 40 prunot. En el de 20 se ve una barca con inmigrantes que vuelven a la tierra prometida y debajo el texto en hebreo de Deuteronomio 26,8 en que Jahwé recuerda la salida de Egipto, sacándoles «con mano pode-

rosa y brazo extendido, en medio de gran pavor».

Sobre el retorno de los famosos *falashas* judíos negros de Etiopía, ya en 1984 y 1985 unos 8.000 judíos, instalados en campos de refugiados de Sudán, a cambio de armas, fueron trasladados en avión a Israel mediante la llamada Operación Moisés. Tras arduas disputas, el Gran Rabinato acabó por reconocerlos como auténticos judíos. Se siguió negociando bajo los auspicios de los Estados Unidos la repatriación del resto de la llamada comunidad Beita Israel que aún permanecía en el país. El gobierno revolucionario de Addis Abeba se hallaba al borde de la derrota militar en su guerra civil y sus dirigentes necesitaban no ya armas sino dinero. Hubo que actuar contra reloj. En treinta horas 14.500 *falashas* fueron trasladados a Tel Aviv en la mayor operación de evacuación masiva realizada hasta entonces, mediante un puente aéreo de aviones militares y de línea comercial El Al, a los que se les despojó de los asientos para aumentar su capacidad.

Los elamitas, dice San Jerónimo que eran los persas. En los Hechos de los Apóstoles, 12,9, se cita a los «partos, medos y elamitas», que hay que situar en el Irán actual. Unos 25.000 judíos persas fueron trasladados a Israel entre 1949 y 1950, junto a unos 7.000 judíos del Kurdistán iraní, y varios millares más volvieron con urgencia a Israel en vísperas de la llegada al poder de Jomeiny.

Más de 45.000 judíos del Yemen fueron trasladados por vía aérea a Israel en 1948 y 1949 en la llamada Operación Alfombra Mágica. Conmemorando su vigésimo aniversario, el Estado judío emitió un sello de correos con el siguiente lema, del Exodo 19,4: «Os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Operación "Alfombra mágica", inmigración de los judíos del Yemen». Estos judíos yemeníes se distinguen fácilmente por su tez muy morena. Hijo de uno de ellos es Ygal Amir, el asesino de Isaac Rabin.

Las Islas del Mar, en la Escritura son los pueblos y naciones lejanas del Mediterráneo, Grecia, Italia, España y toda la parte occidental del mundo. En Marruecos el Mossad llevó a cabo entre 1959 y 1965 la llamada Operación Yahín, mediante la que sigilosa y pausadamente fueron llevados a Israel más de 250.000 judíos sefardíes. De Libia, alrededor de 32.000 fueron llevados en barco a Israel entre 1949 y 1951, al igual que de Turquía, de los que unos 35.000 fueron también repatriados por mar. En enero de 1973 se lanzó una nueva emisión recordando la inmigración del norte de Africa, sobre todo de Marruecos, mediante un sello de 18 agorot en cuya bandeleta se lee: «El que dispersó a Israel los congrega», tomada del profeta Jeremías 31,10.

De la lejana India fueron sacados unos 2.500 judíos en 1951, y del Afganistán unos 4.000 entre 1949 y 1950.

Infundiré en vosotros mi espíritu, y reviviréis y os restableceré en vuestra tierra, y sabréis que yo Jahwé lo digo y lo hago.» (Ez 37,14)

Levy Echkol, alto mandatario del Estado de Israel, en un discurso pronunciado en 1964, decía: «El versículo de Ezequiel "y los huesos se aproximarán los unos a los otros" se realiza en nuestros días. Nosotros hemos resucitado el esqueleto, y quizás le hemos dado también los nervios, le hemos hecho crecer sobre él la carne, y "la piel le cubrirá por encima". ¿Tendremos también la fuerza para hacer entrar en él el Espíritu? ¿Vivirá?». Para el político sionista somos «nosotros» los que hemos resucitado al pueblo de Israel, y los que, usurpando el puesto de Jahwé, hemos de ser capaces de insuflarle el Espíritu. Pero el profeta dice que será Jahwé quien abra sus sepulcros se infunda su espíritu: «Y díjome: Hijo del hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Andan diciendo: se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, estamos perdidos. Por eso, profetiza y díles: Así habla el Señor Jahwé. Yo abriré vuestras tumbas y os haré subir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os conduciré a la tierra de Israel. Y conoceréis que yo soy Jahwé cuando abra vuestras tumbas y os haga subir de vuestros sepulcros, pueblo mío. E infundiré en vosotros mi espíritu y reviviréis y os estableceré sobre vuestra tierra y sabréis que yo soy Jahwé, lo he dicho y lo he hecho. Oráculo de Jahwé» (Ez 37,1).

Con lo expuesto creemos poder fundadamente afirmar que los hechos evidencian el acelerado inicio del cumplimiento en nuestros días de la profecía repetidamente anunciada en las Escrituras de que, llegado su tiempo, Dios hace retornar a los hijos de Israel dispersos entre las naciones a la tierra que dio a sus padres. Les hace retornar Él por su voluntad, aunque valiéndose de instrumentos humanos muchas veces opuestos a sus designios. Estamos en los inicios, pues la gran mayoría del pueblo de Israel disperso no ha vuelto aún, ni tiene intención alguna de volver. Tres de cada cuatro judíos de la diáspora se consideran instalados definitivamente en los países que habitan y si tienen simpatía por la causa sionista y colaboran económicamente a ella, no se han planteado nunca emigrar a Israel. Dios suscitó la inmigración de unos pocos pioneros religiosos en los primeros años, pero a la mayoría de los llegados en las últimas décadas de los países islámicos del Mediterráneo o de Oriente Medio, y de la Europa Oriental, Dios les ha hecho retornar acuciados por la dificultad económica y las persecuciones políticas. Pero los centenares de miles de judíos ricos acomodados de Inglaterra y Francia, y los más de seis millones que viven en América, hoy por hoy no han sentido aún la llamada de Dios al retorno.

CRISTIANOS EN PALESTINA

Josep M. Mundet i Gifre

El peregrino que llega a Tierra Santa y visita los santos lugares, en Jerusalem, en Belén, en Nazaret, o entra en cualquier humilde capilla, bajo la custodia católica u ortodoxa, advierte enseguida una vida religiosa peculiar, de espíritu sencillo y sincero y de apariencia sociológicamente compleja, pero que por simplificación tendemos a calificar de «árabe». Y esta tendencia parece recibir su plena confirmación cuando, de nuevo en la calle, advertimos que estos lugares de culto y quienes los frecuentan viven en un mundo distinto, que les es generalmente hostil: el mundo judío. Hay que ir a algún pequeño pueblo perdido en las montañas de Judea, como Taibe, para disfrutar de la libertad de los «árabes» cristianos.

El peregrino puede preguntarse por el origen de estos cristianos y cómo han podido sobrevivir en medio y a lo largo de tantas guerras, invasiones, deportaciones y destrucciones que han caracterizado la historia de Palestina desde los tiempos de Jesucristo hasta hoy. El lugar es una encrucijada de caminos por la que han pasado en son de guerra persas, árabes, turcos y egipcios, que a su vez han arrastrado emigraciones en todos los sentidos. Y esto mismo hace comprensible la existencia de los cristianos.

Porque se da una premisa que debe aceptarse como cierta para un porcentaje altísimo de estos cristianos: no ser de origen judío. En los Evangelios, en los Hechos de los Apóstoles y en las epístolas de san Pablo se refleja un hecho que entra de lleno en el misterio de la Redención: el mensaje del Reino de Cristo ha sido rechazado por la mayoría de los judíos y va a ser predicado a los gentiles. Y mientras unos predicaban a los judíos de Palestina y de la diáspora, otros predicaban a los gentiles, primero de Siria, Fenicia y Asia Menor. ¿Y por qué no a los de la misma Palestina? Porque en tiempos de Jesucristo Palestina está llena de gentiles, de no-judíos.

Cuando el pueblo judío procedente de Egipto llega a la Tierra Prometida pacta con sus habitantes y les permite seguir viviendo allí, contraviniendo las órdenes del Señor; cuando Asiria invade el reino de Samaria y deporta a sus habitantes, los sustituye por otros pueblos aliados suyos; cuando los lágidas primero y los seléucidas más tarde heredan la provincia de Siria proceden a su helenización, que es cultural y física, y la reacción macabaica no logra eliminarla; y la presencia romana se hace notar en forma de funcionarios y militares. No hay,

por tanto, una uniformidad étnica en Palestina cuando Jesucristo viene a anunciar su Reino.

A este mundo complejo de judíos y gentiles llega el mensaje de Cristo, que sus discípulos expanden poco a poco. Y mientras muchos judíos se convierten, la predicación de Felipe fructifica en Samaria, Pedro «recibe» la conversión del centurión romano Cornelio y le bautiza y san Pablo se convierte en el Apóstol de los Gentiles.

Los Hechos de los Apóstoles y la historia de los primeros siglos de la Iglesia nos ilustran sobre la existencia de dos comunidades cristianas en Palestina y en la inmediata diáspora: de una parte, la de los convertidos de raza judía, que incorporan o, mejor dicho, mantienen en su vida de cristianos un conjunto de ritos y costumbres judíos: circuncisión, observancia del sábado, limitaciones en la alimentación, etc.; de otra, la de los convertidos procedentes de la gentilidad, que no practican estos ritos, incluso a pesar de la presión de algunos celosos judíos cristianos, que quieren imponérselos. El Concilio de Jerusalem debe dirimir el conflicto para dejar en plena libertad a los gentiles.

La decisión del Concilio sólo sirve para acabar con la disputa, pero no con la división, que se mantendrá durante decenios y siglos. Los judíos convertidos se reúnen en sus sinagogas (es aquí donde bautizan y celebran la Cena) y tienen su propia fecha para la Pascua. La mayoría de estas comunidades se atribuyen la herencia directa respecto de alguno de los apóstoles o de los primeros discípulos de Cristo: en Jerusalem son hijos de la predicación de Pedro y de Santiago; en Nazaret, de Judas Tadeo y de los parientes de Jesús. Mientras, los cristianos procedentes de la gentilidad se sienten libres de estos atavismos. Pero la división es dolorosa porque atenta contra la caridad y la unión y porque tiene matices de hondo contenido doctrinal: los cristianos judíos serán los más sensibles a los errores judaizantes y al ebionismo y cuando sean vencidos por la ortodoxia y sociológicamente por el sector opuesto arrastrarán en su caída conceptos sobre el Reino de Cristo que fueron comunes entre los mártires y los santos hasta el siglo IV.

Mientras tanto, sigue la vida de los judíos bajo el dominio romano. Sucesivas revueltas provocan matanzas y deportaciones. Resulta especialmente significativa la última y definitiva, la que dirige Bar Kokhba, porque afecta de manera directa a los cristianos judíos de Jerusalem. En efecto, como consecuencia de la revuelta

y de la subsiguiente victoria romana, el emperador Adriano manda destruir la Ciudad Santa y deportar a todos los judíos, incluidos los cristianos (132-135 d. de C.). La ciudad es materialmente arrasada; con los escombros se nivela el lugar del Santo Sepulcro y del Calvario y sobre ellos se levanta un templo pagano. Para que no quede recuerdo incluso se le cambia el nombre: a partir de ahora la ciudad que se reconstruya se llamará *Aelia Capitolina*.

El golpe supone la desaparición de la importantísima comunidad judeo-cristiana de Jerusalem; pero no de la presencia cristiana: porque los romanos no ponen trabas a que entre los habitantes del Imperio romano que van a repoblar Aelia Capitolina haya cristianos «gentiles». Cabe suponer la unión con que estos cristianos vivirían su vida de fe en la Ciudad Santa, donde Cristo había muerto y resucitado y velarían el recuerdo de aquellos lugares que ahora yacían bajo metros de escombros y coronados por un templo pagano.

La suerte de las restantes comunidades judeo-cristianas no fue de momento tan trágica como la de Jerusalem. Pero todo ayudaba a que fuera mermando su presencia, mientras aumentaba, no sabemos si en términos absolutos o relativos, la gentil, y seguía viva la conciencia de unas diferencias y de un doloroso enfrentamiento.

La intervención de Constantino tampoco fue favorable a los judeo-cristianos porque en su afán por helenizar la Iglesia les obligó por la fuerza a ceder sus lugares de culto a los cristianos de rito griego. Paralelamente, los concilios ecuménicos seguían condenando errores judíos o judaizantes. Poco a poco, pues, la vida de las comunidades judeo-cristianas de Palestina fue desapareciendo y diluyéndose en la comunidad gentil, hasta no quedar otro rastro que el que muchos siglos después descubrirían los esfuerzos de los arqueólogos franciscanos.

Aun habría que añadir otro golpe contra los simplemente judíos: a principios del siglo VII el emperador Honorio, para evitar el peligro que suponía la colaboración de los judíos con los persas de Cosroes, expulsó a los pocos que debían quedar. Así se llegó a un punto en que se podía hablar de una ausencia total de judíos en Palestina. Y aunque expresado así puede ser un tópico falso, sin duda era mucho más cierto que el que suponía que antes de Cristo sólo había judíos en Palestina. En el siglo XII el rabino Benjamín de Tudela viajaría a Palestina y sólo podría contar en su recorrido doscientos judíos.

Pero si habían desaparecido los judíos, en cambio, seguía habiendo cristianos. ¿Todos descendientes de gentiles? Apliquemos la lógica: las deportaciones nunca eran totales y las capas más bajas de la población, sobre todo de las comunidades rurales, podían librarse de ellas. Tenemos de ello un ejemplo bien documentado en la depor-

tación decretada por Nabucodonosor. Habría que esperar a nuestro siglo XX para ver auténticas deportaciones en masa. Y hemos de pensar que eran estas personas más humildes las más sensibles al mensaje cristiano; y que la presión social y política —aparte las razones de carácter doctrinal— sobre las comunidades judeo-cristianas que provocó su desaparición no les llevó —a todos— a la renuncia a la fe y a la apostasía; y que una parte al menos de estos judeo-cristianos, renunciando poco a poco a sus ritos y costumbres, se diluyeron entre los gentiles y perdieron su conciencia racial para formar con el paso de los años una sola comunidad.

La conquista de Palestina por los árabes después de la ocupación de Jerusalem (638) supone el inicio de una nueva etapa. Los árabes observan, respecto de los cristianos de Palestina, una actitud cambiante: a épocas de intolerancia, persecución y destrucción de los templos siguen otras de tolerancia. Los peregrinos que acuden a visitar los Santos Lugares, unas veces son maltratados, robados y vejados y otras son mirados con indiferencia; aunque casi siempre deban pagar un «portazgo». Esta situación se mantiene, con variantes, a partir de 1517, cuando los turcos de Selim I se adueñan de Palestina, para mantener este dominio, salvo el breve dominio del sultán de Egipto, hasta la primera guerra mundial. Los turcos grabarán con fuertes impuestos a las comunidades cristianas.

Las guerras entre árabes y cristianos, primero el Imperio bizantino y después los cruzados, provocan persecuciones contra los cristianos autóctonos que, lógicamente, son vistos como enemigos. En otro sentido, también se verán muy afectados por los divisiones y cismas. Palestina forma parte de Oriente y sufre en propia carne las disputas sobre cuestiones dogmáticas que llevan a las definiciones de los concilios, desde Éfeso (431) hasta Constantinopla (681) y las iconoclastas. La complejidad de estas divisiones, en las que se mezclan cuestiones políticas y sociales, que a veces tienen incluso mayor entidad que las teológicas, provoca posteriormente la división entre los cristianos en diversos ritos, unos obedientes a Roma y otros al Patriarcado griego «ortodoxo».

En total, en la actualidad hay en Palestina, entre católicos, cismáticos y protestantes, 42 denominaciones distintas de cristianos, con sus correspondientes jerarquías (más de la mitad corresponden a sectas protestantes de implantación reciente y con fieles no autóctonos). Como consecuencia, se producirá el «reparto» de los lugares santos que ha llegado hasta nuestros días. La división llega al extremo en la basílica del Santo Sepulcro, dividida a «trozos» entre latinos (franciscanos), griegos y armenios; los coptos poseen una capilla en usufructo y los sirio-jacobitas y abisinios tienen derecho a celebrar

en determinadas solemnidades; todo ello regido por el *statu quo* de 1757. Es la manifestación del escándalo de la desunión de los cristinos pero también el signo esperanzador de que todos estamos unidos por la fe en Cristo. (Al «escándalo» de la división patrimonial contribuyó la rapacidad turca vendiendo y revendiendo «parcelas» a los distintos ritos y confesiones.)

A principios del siglo XIII se produjo un hecho importantísimo para la supervivencia de las comunidades cristianas de Palestina: la llegada de los franciscanos y los dominicos. Un objetivo que primero era misional —predicar la fe a los musulmanes— se amplió muy pronto —especialmente por los primeros, por encargo expreso del papa— hacia la custodia de los Santos Lugares, la asistencia espiritual a los católicos y la atención a los peregrinos. A los franciscanos se debe en el terreno material —aunque con indudable efecto en el espiritual— la conservación de numerosos edificios de las épocas más antiguas, la construcción de otros nuevos y, más modernamente, importantísimas investigaciones arqueológicas que han permitido recuperar muchos eslabones de la historia de la presencia cristiana en Palestina.

La situación palestina bajo el Imperio turco empieza a modificarse a partir del siglo XIX con el nacimiento del sionismo y la lenta y progresiva emigración de judíos de la diáspora a Palestina, la adjudicación del territorio en régimen de protectorado a Gran Bretaña al final de la primera guerra mundial y el nacimiento del estado de Israel (1948). Esta emigración, que sigue en la actualidad, modifica el marco social y religioso del país, mientras el nuevo Estado, de un peculiar carácter político-religioso, somete a los de religión no judía a una agobiante presión.

La situación actual y la previsible para el futuro de estos cristianos es preocupante. En el Israel propiamente dicho su nivel económico es entre medio y bajo y en los territorios ocupados es bajo, pero todos sienten la presión creciente el mundo judío y carecen de perspectivas de futuro, por lo que muchos emigran a Europa y América. A partir de la independencia de Israel, las sucesivas guerras árabe-israelíes han sido traumáticas para ellos pues han debido abandonar comarcas y pueblos enteros. En lugares donde antes eran mayoría absoluta, ahora están en minoría y en recesión.

En la actualidad hay en Palestina unos ciento cuarenta mil cristianos, de los cuales veinticinco mil son católicos de rito latino, cuarenta mil católicos de rito griego o melquitas, algo más de cuatro mil maronitas y un millar aproximado de otras denominaciones católicas (armenios, sirios, coptos, caldeos...). Los cristianos no unidos a la Iglesia católica se dividen en sesenta mil griegos ortodoxos, mil setecientos armenios, dos mil sirios y ochocientos coptos. Los protestantes son unos cuatro mil seis-

cientos. Todo esto en medio de una población total que supera los siete millones de habitantes. Por tanto, los cristianos no llegan al dos por ciento de la población. A modo de ejemplo sirve el caso, quizá muy particular pero evidentemente ilustrativo, de Jerusalem: en 1840 tenía 12.900 habitantes, de los cuales 5.000 eran judíos, 4.600 musulmanes y 3.300 católicos; en 1948, de los 149.000 habitantes, 84.000 eran judíos, 40.000 musulmanes y 25.000 cristianos; en 1994, con 561.000 habitantes, 400.000 son judíos, 149.000 musulmanes y 12.000 cristianos; en un siglo y medio los cristianos han pasado del 25,5 % al 2,1 %. (Hay casos más trágicos: por ejemplo, Ain Karem, la patria de san Juan Bautista y escenario del Magníficat, después de las guerras ha quedado sin cristianos autóctonos. A otras poblaciones les ha ocurrido lo mismo.)

Mientras sufren esta presión demográfica y en muchos aspectos también la hostilidad judía —política y religiosa—, las perspectivas de expansión —humanamente hablando— son muy precarias porque judíos y musulmanes —especialmente los primeros— se muestran impermeables al mensaje cristiano. En estas condiciones, a los cristianos de Palestina les queda la esforzada y gran tarea de seguir siendo los más veteranos testimonios de los milagros, de la predicación, pasión y muerte de Cristo, custodios de los Santos Lugares y huéspedes acogedores de los miles y miles de peregrinos de todo el mundo que cada año visitan la tierra de Jesús de Nazaret.

Cántico de la reconstrucción definitiva de Jerusalem

¡Jerusalem, ciudad santa!

Dios te castigó por las obras de tus hijos,
mas tendrá otra vez piedad
de los hijos de los justos.

Confiesa al Señor cumplidamente
y alaba al Rey de los siglos
para que de nuevo levante
en tí, con regocijo, su Tienda,
y llene en tí de gozo a todos los cautivos
y muestre en tí su amor a todo miserable
por todos los siglos de los siglos.

(Tobías 13,9-12)

TERCER CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE LA SAGRADA FAMILIA

El día 10 de septiembre, el cardenal Ángel Suquía clausuró el Tercer Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia, celebrado en el Centre d'Espiritualitat Josep Manyanet, de Begues (Barcelona), durante los días 6 al 10 del mismo mes. «Me parece indispensable y pastoralmente rico —dijo en la alocución final— penetrar, en profundidad, en esa preciosa veta de la Sagrada Familia en cuyo seno quiso nacer y crecer Jesucristo y, en consecuencia, de la familia cristiana definida con razón desde hace tiempo «como la Iglesia doméstica», o como «una iglesia en miniatura».

El congreso ha sido organizado por la congregación de Hijos de la Sagrada Familia, en colaboración con otros sacerdotes, religiosos y seglares. En el centro de Begues, se han reunido 175 congresistas —sacerdotes, religiosas, religiosos y seglares—, procedentes de nueve países de Europa, siete de América y de Canadá, Corea y Camerún para reflexionar sobre la presencia de la Sagrada Familia en el siglo XVIII.

Su Eminencia el cardenal Ricard M^a Carles, arzobispo de Barcelona, que presidió la celebración eucarística de la primera jornada, estimuló a los participantes a «profundizar en los conocimientos del misterio de la vida escondida de Jesús, con María y José en Nazaret, y sobre todo a inspirarse en ella para llevar los hogares de hoy las virtudes de la Sagrada Familia».

El congreso se desarrolló en ocho densas sesiones de trabajo. Un buen número de ponentes pusieron de relieve la presencia y devoción de la Sagrada Familia de Nazaret en varias partes y culturas del mundo, desde la perspectiva de la Sagrada Escritura, la teología, la liturgia, la literatura, el arte, los predicadores y autores espirituales

y la devoción popular, etc., principalmente en el marco del siglo de la Ilustración. Resultaron muy interesantes los datos aportados sobre la devoción a Jesús, María y José en los inicios de la evangelización en el continente americano y en el contexto de la Contrarreforma.

De acuerdo con los deseos del Papa, que auguraba que el congreso «sirviera para poner de relieve el papel que cada núcleo familiar ha de tener en las iniciativas y líneas de reflexión y acción en la primera fase de preparación del Tercer milenio», los congresistas escucharon también un comentario y traducción de la Carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* en clave de pastoral familiar. Un matrimonio cristiano hizo asimismo una lectura de la *Carta a las familias* del Papa dando pistas para la reflexión, el diálogo y la pastoral familiar entre todos los participantes.

Entre los asistentes había miembros de 40 institutos religiosos, 18 de ellos intitulados a la Sagrada Familia, representados varios de ellos por sus respectivos superiores generales. Los congresistas tuvieron la oportunidad de visitar el santuario de la Virgen de Montserrat.

Numerosos cardenales, arzobispos y obispos, nuncios, superiores mayores y otras personalidades enviaron cartas de adhesión y de estímulo a los congresistas.

Los congresistas terminaron su encuentro con el deseo de continuar y completar el estudio iniciado hasta nuestros días y con la aprobación de unas propuestas que comprometen a todos a llevar los conocimientos y la experiencia nazareno-familiar del congreso a los respectivos países y comunidades, y a intensificar el intercambio de publicaciones y experiencias pastorales en el campo de la familia, entre varias otras.

La esperanza de la Iglesia

La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, *a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas; y también los patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne* (Rom 9,4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalem no conoció el tiempo de su visita (cf. Lc 19,42); gran parte de los judíos no aceptaron el Evangelio e incluso no pocos se opusieron a su difusión (cf. Rom 11,28). No obstante, según el Apóstol, los judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y *le servirán como un solo hombre* (Soph 3,9; cf. Is 66,23; Ps 65,4; Rom 11,11-32).

(Vaticano II, *Declaración sobre las religiones no cristianas*)